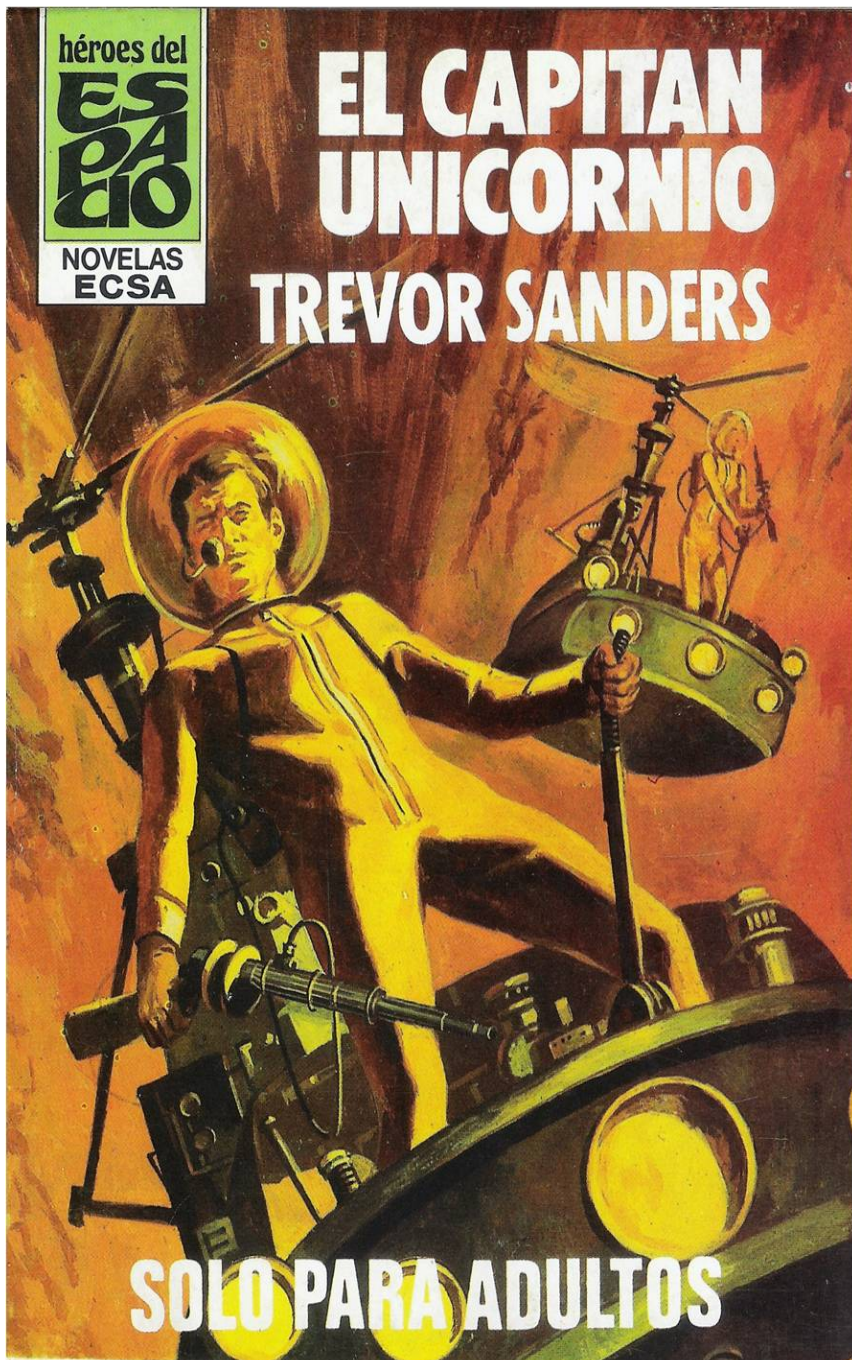
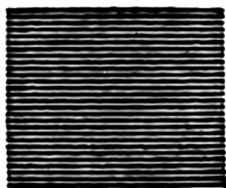
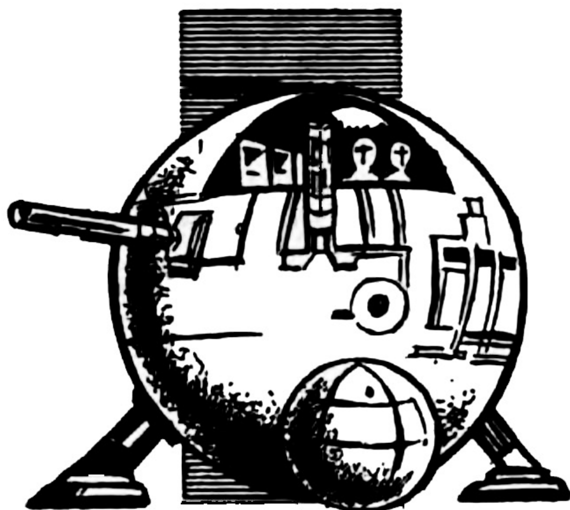

héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA
EL CAPITAN
UNICORNIO
TREVOR SANDERS
SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

46.— Soy un humanoide, *Law Space*
47.— La molécula infernal, *Trevor Sanders*
48.— Túnel en el sistema solar, *Clark Cañados*
49.— Filibusteros del espacio, *Rocco Sarto*
50.— Infierno galáctico, *Erick Sorenssen*

TREVOR SANDERS

EL CAPITÁN UNICORNIO

Colección
HÉROES DEL ESPACIO n.° 51
Publicación semanal

EDICIONES CEBES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 5.002-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1981

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona -
1981

CAPITULO PRIMERO

Mi nombre es Idgris Sorell y soy titulado superior en Agrimensura y Mineralogía del Espacio.

En mi condición de oficial de enlace del Registro Central de Catastros Galácticos, fui designado hace un par de años para el cargo de Agrimensor Consultivo de las oficinas catastrales de Tricornis, capital administrativa del pequeño Mong.

El pequeño Mong forma parte del sistema planetario que gravita en torno a la estrella Ptholm, ubicada en el Sector Tridimensional V-6-F, cuadrante Alfa CX-9993-Orión.

El Sector V-6-F pertenece, como sabe cualquier bachiller elemental de Agrimensura del Espacio, al Gran Radiante V o Victoria, como se denomina catastralmente al llamado *espiral largo superior* o *brazo gaseoso elevado* de nuestra galaxia.

El cuadrante Alfa CX-9993-Orión, con un diámetro aproximado a los cuatro mil años luz, abarca aproximadamente unas treinta y cinco mil estrellas, nueve mil de las cuales (si no más) cuentan con sus respectivos sistemas planetarios.

Sin embargo, las grandes distancias que separan al Gran Radiante Victoria del centro o magma de la galaxia han hecho de aquellos vastos confines un lugar escasamente poblado, hasta el punto de que sólo novecientos treinta y dos sistemas planetarios han sido colonizados. Ni siquiera un diez por ciento del total, como habréis apreciado. Tan sólo el Radiante Ultimus, como se designa a la depauperada Mancha Negra en el fondo de la galaxia, supera esta cifra

ignominiosa.

El pequeño Mong, tercero de los once planetas tributarios de Ptholm, integrado a efectos del Gobierno Intergaláctico Central en la Gobernación de Ascorbius, goza de una relativa autonomía.

Está gobernado por el sistema que se ha dado en llamar tradicionalista o hereditario. O sea que los miembros de una misma familia se suceden en la Jefatura Política sin que se tenga en cuenta la posibilidad de que haya otras personas más capacitadas que ellos para el cargo.

A pesar de este absurdo lastre genético, debo reconocer que el Pequeño Mong es un planeta (o reino, como se auto titula) próspero y pacífico.

Siendo ocho veces más pequeño y veintitrés veces menos poblado que el Gran Mong (tributario también de Ptholm) y no llegando siquiera a un centésimo de la población de Ultra (gigantesco planeta que gravita en torno al cercano sol rojo de Aescupal) lo cierto es que el Pequeño Mong se ha adueñado del liderazgo político, cultural, moral, económico y religioso de aquellos remotos parajes de la Vía Láctea.

Tricornis, su capital administrativa, no alcanza siquiera el millón de habitantes y es una ciudad gris y uniforme, ubicada muy cerca de un polo y en la que sólo residen los burócratas del reino y sus familiares próximos.

Es una ciudad sin jardines, sin lugares de diversión o esparcimiento, sin color

Yo fui instalado en un departamento subterráneo (el frío se combate mejor bajo tierra), de doscientos ochenta metros cúbicos, con gruesas paredes de plástico poroso y un anticuado sistema de video ni olfativo ni gustativo.

Las oficinas del Registro Catastral, ubicadas en el centro de la ciudad, ocupan un edificio de diez plantas, cinco de las cuales emergen sobre la superficie de la tierra.

Su plantilla consta de noventa y siete empleados humanos y mil ciento sesenta y tres robots.

El director se llama (o se llamaba entonces) Sulfien Crotalis y es (o era) natural de alguno de los planetas del

sistema de Arcturus.

Lo supe de inmediato al observar su brillante cabeza calva y al aspirar el penetrante aroma de jazmín de Arcturus que emanaba de sus ropas y su cuerpo. Sulfien Crotalis era un hombrecito menudo y nervioso, de hablar pausado, que parecía vivir en un permanente sobresalto.

—¿Así que es usted el nuevo Agrimensor Consultivo?

—Sí, señor.

—Bien, bien. Natural de Tierra, según me ha informado.

—Sí, señor.

—La cuna de la humanidad, ¿eh?

—Eso dicen.

—Y lo han enviado aquí. ¿Acaso alguien lo odia e» el Departamento de Adscripciones Temporales del Registro Central?

—Temo no entenderle, señor.

—Bien, bien —Crotalis rió nerviosamente—. Ya en tenderá. Ya lo creo que entenderá. Pobre amigo mío.

Al principio, yo tomé las palabras de Crotalis comí una manifestación sin duda extemporánea e inadecuada del tradicional y decadente sentido de suficiencia y superioridad por el cual los arcturianos son tristemente célebres en todo el ámbito de la galaxia.

«¡Claro! —pensé—. Debe ser duro abandonar la refinada civilización arctúrica para venir a enterrarse en esta lúgubre, fría y mecánica ciudad.»

Eso pensé, y compadecí a Crotalis, aunque no sin sentir íntimamente cierta alegría vengativa. ¡Nunca he podido tragar a los arcturianos! Son seres engreídos, vanidosos, pedantes y superficiales.

Basta escucharlos. Los mejores poetas de la galaxia, según ellos, han nacido en Arcturus, las mejores comidas son las de Arcturus, las mejores bebidas, las mujeres más bellas, los paisajes más cautivadores. ¡Y no digamos nada del famoso jazmín del que tanto se jactan!

Yo, qué queréis que os diga, encuentro su perfume más bien empalagoso. Y no es envidia, que conste. Mi sueldo y mi

posición social nunca me han permitido usarlo, pero la verdad es que no lo lamento.

La sobresaltada mirada de Crotalis me acompañó en el recuerdo largo rato, mientras yo me instalaba en el que iba a ser mi despacho.

Por la ventana se extendía un paisaje de cubos de granito de diversas alturas, sin nada que se moviera, sin nada que diera a aquello al menos la sensación de la vida.

Las vías de comunicación, en Tricornis, eran todas subterráneas. Monótonos pasajes abovedados, iluminados con mercurio, sin un solo detalle de color en el que recrear la vista.

Junto a la ventana, yo pensé: «Frente a mí la nostalgia nada puede.» Y es verdad (o lo era).

¿Qué había dejado yo tras de mí? Nada.

El paisaje verdoso de la corteza terrestre radiactiva, el aire irrespirable al otro lado de la máscara protectora, el viento que se veía al levantar el polvo fosforescente pero que no se sentía a través del traje hermético de silicona.

¿Qué más?

¿Una familia? Soy huérfano .desde niño.

¿Amigos? Nunca los tuve. Siempre he sido huraño y retraído. Sé que la gente que no me considera un cínico me toma por un aburrido.

¿Alguna mujer? Tampoco.

Hasta llegar a Tricornis, las únicas mujeres que yo frecuenté fueron las prostitutas venusianas.

CAPITULO II

Todos habéis oído hablar de la guerra del Triángulo de Sirio, que enfrentó al viejo Imperio de los Farnessis contra la República de los Hijos y Herederos de los Conquistadores y los Colonos.

Guerra que se prolongó durante noventa años (terrestres) y que arrojó más de mil millones de víctimas.

Guerra a consecuencia de la cual el Imperio de los Farnessis feneció y el Duque Welch fundó, sobre las cenizas imperiales, los cimientos de la actual Administración Galáctica, moderna, descentralizada, higiénica y funcional.

Pues bien. En el Gran Radiante Victoria, en sus más remotos parajes, en las más aisladas, lejanas y solitarias estrellas pervivieron, por espacio de milenios, algunos grupúsculos de fanáticos imperialistas.

Movidos al principio por elevados, aunque erróneos, ideales, con el tiempo se pervirtieron, transformándose en bandas de piratas.

(Esta, al menos, era la versión oficial que circulaba en Tricornis y que yo creí sinceramente hasta que la realidad empezó a demostrarme lo contrario.)

Lo cierto, y lo que importa por el momento, es que, a pesar de los dos mil años terrestres transcurridos desde el final de la Gran Guerra Cívica, aquellos grupúsculos de renegados persistían todavía cuando yo llegué a Tricornis.

Y eran ellos y no la nostalgia el motivo de las angustias de mi ilustre superior, el arcturiano Crotalis.

No había pasado un mes desde mi llegada, cuando tuve oportunidad de comprobarlo.

Os diré cómo.

* * *

Previamente, sin embargo (y disculpadme), debo calificar ciertos aspectos de la situación sin cuya comprensión cabal sería imposible hacerse una adecuada y más o menos exacta composición de lugar.

Mi cargo de Agrimensor Consultivo consistía, únicamente, en informar sobre las condiciones y las posibles ventajas de colonizar aquellos sistemas planetarios pertenecientes al cuadrante Alfa-CX-9993-Orión que aún no hubieran sido hollados por pies de homo-sapiens o que, habiendo sido hollados, no pervivieran en los mismos ni trazas ni interés de sus primitivos colonizadores.

Ya fuera, en este último caso, por defunción, por abandono o por cualquiera otras causas ya naturales ya provocadas.

En mi despacho, yo tenía un Selector Hiperbólico que me permitía, en fracciones de segundo, tener ante mis ojos todos los datos conocidos de todos y cada uno de los sistemas planetarios pertenecientes al cuadrante ya mencionado.

En caso necesario, yo podía, pulsando simplemente un botón, enviar a donde fuera una sonda de investigación que, en cuestión de minutos (una hora a lo más) me transmitiría imágenes tridimensionales palpables, gustativas y olfativas (además, por supuesto, de visuales y sonoras) de aquel planeta (o aquel grupo de pía netas) que requiriera una inspección.

Esto que he dicho, así, en vacuas palabras bidimensionales, parece muy simple.

La realidad, sin embargo, es muy otra.

¿Nunca os habéis preguntado, afanosos lectores, por qué la Facultad Superior de Estudios Agrónomo-espaciales ha sido radicada en el planeta Tierra?

¿Por qué justamente en ese planeta muerto,

contaminado, radiactivo, envenenado, donde el aire, la luz, la tierra que uno pisa y el cielo que uno mira son letales enemigos?

¿Por qué allí, en ese horrible caldo de cultivo de los monstruos más horrendos que hayan visto ojos humanos?

¿Por qué en ese estercolero, donde la podredumbre radiactiva ha generado bestias tales como la Amebe Ignex o el Coleóptero Inchubuscídeo, bestias inimaginables cuya sola mención mueve al horror?

¿Por qué enviar a ese sitio infecto a los jóvenes y tiernos estudiantes, a la sal del Universo, a los futuros agrimensores, a los que aportarán sus conocimientos para que el hombre siga siendo el dueño y el señor del infinito cósmico?

¿Para que mueran, sabiendo como se sabe, que lo que ven allí nuestros ojos eso puede ser letal?

¿Sabiendo, como sin duda todo el mundo sabe, que el más leve descuido en su indumentaria, o en su comportamiento, o en su mera forma de andar puede causarle a uno una muerte instantánea y horripilante?

¿Sabiendo, como se sabe, que una simple distracción, una mirada instintiva a aquellos lugares que no se deben mirar pueden causar, y de hecho causan la muerte al transgresor?

¿Acaso las muy serenas y muy gloriosas Autoridades de la Universidad Galáctica lo que intentan es provocar un gran holocausto de jóvenes científicos?

¿Acaso nuestro gobierno desea exterminar en las pestilencias terrestres a la tribu de los agrimensores?

Nada de eso.

Lo que se intenta, por el contrario, es prepararlos frente a las dificultades que encontrarán a lo largo del duro ejercicio de la profesión.

Porque, ¿qué son al fin y al cabo los pantanos secos de Plutón comparados con las miasmas de la vieja Europa?

Dicho este, supongo que comprenderéis cuál es la causa que hace que los estudiantes superiores de Agrimensura Espacial sufran innumerables bajas mientras

realizan los cursos especializados.

Claro que los supervivientes (un catorce por ciento en la actualidad, con la esperanza de que se llegue a un veinte en las próximas dos décadas) están preparados para todo. No hay peligro en el vasto universo que ellos no puedan superar, no hay obstáculo que no estén en condiciones de vencer.

¿Y qué diremos si un agrimensor titulado es, además, oriundo del planeta Tierra? Un hombre, quiero que lo entendáis, que ha nacido en aquella miasma, alguien que desde sus primeros alientos se ha visto obligado a defenderse de la hostil naturaleza que lo rodeaba.

No es por vanidad que digo esto. (Y de paso os recuerdo, por si no ha quedado claro, que yo he nacido en la Tierra.) Sigamos.

Me tenéis en mi despacho, a novecientos mil años luz de mi planeta natal, en el que es mi primer destino efectivo como Agrimensor Consultivo del Registro de Catastros.

Es característica inevitable del neófito la curiosidad. Yo era un neófito, estaba lleno de entusiasmo por la profesión elegida y por mi propio destino, y era también muy curioso.

Me pasaba los días en mi despacho, a solas, manipulando mi selector y enviando sondas de investigación en todas las direcciones.

Un espléndido juguete, lo confieso. Y sin embargo, ya lo veréis, muy peligroso.

Sí.

Sí, sí. Muy peligroso.

Sabedlo: un agrimensor espacial arrostra en su despacho más graves peligros que el más osado de los guerreros o el más audaz de los descubridores.

¿Sabéis lo que son las imágenes tridimensionales gustativas, palpables y olfativas?

¿No?

Pues son precisamente eso. Imágenes en tres dimensiones que, además de revelar contornos y de mostrar la profundidad de campo, se pueden tocar, oler e incluso saborear.

Son imágenes foto-radio-televisadas que se convierten en lo fotografiado, en lo radiado, en lo televisado.

De ese modo, un trozo del planeta al que la sonda ha sido enviada irrumpe en tu despacho.

Y hay que estar prevenido. No todas las atmósferas son respirables, no todas las superficies planetarias se pueden palpar impunemente (algunas son demasiado frías y otras demasiado calientes, algunas contienen los más letales ácidos corrosivos o los microorganismos más peligrosos).

¿Y qué decir de nuestro quinto sentido, el del sabor?

¿Alguno de vosotros se atrevería a beber de una fuente de un planeta con atmósfera de amoníaco sin hacer que las aguas se analicen, se catalicen y purifiquen previamente?

No, ¿verdad?

No es para avergonzarse ni para que nadie os acuse de cobardes.

Lo cierto es que sólo una diezmillonésima parte de la humanidad está capacitada para llevar adelante tales experimentaciones.

¿Y quiénes forman parte de esa diezmillonésima parte de la humanidad?

Nosotros, los agrimensores.

Tenemos a nuestra disposición los más completos laboratorios de química, de física, de inmunología, de mineralogía, de bacteriología y de quince o veinte las más. A cada. Agrimensor Consultivo, en el momento en que se le asigna un cargo, se le designan más de ochocientos robots, especializados en las más diversas ramas del saber, para su utilización personal.

Y sin embargo, sin embargo...

Vamos, preguntadle a cualquier agrimensor que conozcáis, si es que tenéis la desdicha de conocer a alguno (son —somos— gente huraña, solitaria, violenta a menudo: vivimos en la frontera de la muerte y lo desconocido y eso nos ha hecho ser como somos).

¿No conocéis ninguno?

No importa, preguntádmelo a mí.

Vamos, vamos, sin complejos, que no muerdo.

¿Que qué quiero que me preguntéis?

Muy simple. ¿En quién confía más usted, señor doctor (nos gusta que los simples mortales nos doctoricen, os lo advierto), en sus robots y sus laboratorios o en sus cinco sentidos humanos?

Y yo respondo:

¡En mis cinco sentidos, faltaría más!

¡Atención! No se trata de que los robots puedan equivocarse en sus análisis espectroscópicos, mineralógicos o bacteriológicos. No es que uno desconfíe de sus informes sobre composición del suelo y de la atmósfera, sobre la temperatura superficial o sobre las formas de vida que existen en tal o cual planeta.

La verdad es que nuestros robots nunca se equivocan.

Nunca.

Son máquinas perfectas, pero son máquinas.

Hay ciertas sutilezas que les están vedadas (aunque cada vez menos, ya os lo contaré).

Si el agrimensor no empleara sus sentidos, nunca se hubiera descubierto (y, por ende, aprovechado por la humanidad), la conducción dextro-electrógena del carbono en los hidratos que componen las glucosas de crecimiento.

Los fríos datos del robot no hubieran bastado tampoco cuando la famosa investigación dáctilo-olfato-sonora de Philide.

¿Os acordáis?

Claro que sí, pero os lo contaré.

Philide, lo sabéis muy bien, es sólo uno de los cientos de miles de millones de pequeños planetas aplanados que giran en torno a las varias decenas de millones de soles negros que existen en nuestra galaxia.

Es el más famoso de todos, por supuesto, porque fue el primero en ser investigado.

Un sol negro es una estrella inerte, quizá lo sepáis, de dimensiones muy inferiores a las de una estrella amarilla o blanca normal, pero con una masa similar y a veces superior.

Un sol negro es una inusual concentración de masa, una especie de pequeño universo en miniatura. Se han descubierto, sobre todo en el Espiral Magnético del borde inferior de la galaxia, soles negros del tamaño de una cabeza de alfiler. Sin embargo, la concentración de masa que poseían era superior a la de varios cientos de soles de tamaño mediano juntos.

Para que os hagáis una idea: El sol negro llamado (no sé por qué) la Walkiria, con 0,0002 centímetros de diámetro, pesa dos millones de veces más que mi planeta natal, la Tierra, y sesenta veces más que Timeus, el planeta de mayor tamaño de los existentes en la galaxia.

Esta enorme concentración de masa hace que el campo gravitacional de un sol negro se tuerza y se desdoble, es decir: las órbitas de los planetas tributarios de un sol negro tienen por lo común un recorrido de trenza o de ochos. Por algo se les llama planetas borrachos.

Por otra parte, al desdoblarse el campo gravitacional, los planetas atraídos por ese campo se alargan y —esto es lo más importante— se extienden también en el tiempo.

¿Por qué?

Muy fácil (para un agrimensor espacial): porque la concentración de masa llevada a los extremos en que se verifica en un sol negro elimina el tiempo. ¿Cómo? Superponiendo electrones, es decir: haciendo que dos, diez, cien y a veces un millón de electrones distintos coincidan en un mismo lugar sin tocarse, sin afectarse mutuamente, intemporales y perfectos.

De ese modo, el campo gravito-magnético de dichos electrones es, también, intemporal.

Como los planetas insertos en dicho campo carecen de una concentración de masa tan elevada, no ingresan en la perfecta atemporalidad que reina en el núcleo de las estrellas negras sino que se mantienen en un término medio, dependientes a la vez de su evidente temporalidad espacial y de la mera espacialidad sin tiempo de la materia que los gobierna.

Sé que no habéis entendido y no importa. No os amarguéis por eso. Ya os he dicho que sólo un homo sapiens de cada diez mil millones está capacitado para ser agrimensor.

Todos vosotros, masa plebe, pululante humanidad, son iguales los unos a los otros. Lo dice claramente la constitución galáctica. Sólo los agrimensores somos superiores... y calmaos. No es intención nuestra somételos o subyugaros.

No es tan ínfimo nuestro desprecio.

Lo que debéis tener en claro es que, gracias a un agrimensor como yo, gracias a su arrojo, a su valentía, su desinterés por su propia vida, vosotros podéis disfrutar ahora de la energía mántica de los planetas oblongos.

Gracias a Halldor Cienfuegos, que dio la vida por vosotros (como el genial entomólogo que da la vida por sus criaderos de larvas), podéis ahora viajar en el tiempo, saludar al abuelito, ver a vuestros padres copular para crearos o matar a vuestra esposa antes de conocerla.

Porque, ¡sabedlo!, antes que Halldor Cienfuegos acometiera su genial decisión, los planetas oblongo eran una curiosidad para científicos, sin ningún atributo práctico.

Se conocían sus peculiaridades, pero nadie pensaba que se les pudiera sacar fruto.

Hasta que Halldor, viejo amigo, se decidió.

Se encerró en su despacho, conectó sonda con Philide y, con los ojos tapados para no fascinarse con la visión infinita de su cara un segundo antes y un segundo después y dos antes y dos después, y así sucesivamente hasta su generación fetal y su muerte, así vendado y ciego palpó, olió y oyó.

Sus últimas palabras, las que han creado los fundamentos de la ciencia y la industria mánticas, fueron:

«Palpo y no palpo, oigo y no oigo, huelo y no huelo. Son demasiadas las sensaciones táctiles, demasiados los olores, demasiados los sonidos. Vivo y no vivo, estoy y no estoy.»

Efectivamente no estaba. Su despacho, cuando lo

abrieron, estaba vacío.

Y, al mismo tiempo, estaba: allí, en la pantalla tridimensional que mostraba la tersa superficie de Philide. Rasgaba el aire en su intento por volver.

¡Había quedado prisionero en el no-tiempo! Y unos cuantos ojos horrorizados lo vieron hacerse más joven, hacerse niño, hacerse feto y hacerse nada.

Luego los científicos se abocaron al estudio del caso y consiguieron perfeccionar el imán del tiempo, esa pequeña pastilla naranja que os permite, a todos vosotros, viajar en el tiempo hacia el pasado o el futuro y regresar sin peligro de volveros nada, como le ocurrió al heroico Cienfuegos.

CAPITULO III

Sencillamente no podía ser.

—Sencillamente no puede ser, señor —dije.

Crotalis me miró afablemente (si es que un arcturiano puede ser afable).

No entiendo por qué, señor Sorell.

Porque es un planeta con atmósfera de cianuro, señor — dije.

—¿Y qué?

Crotalis extático, se olía las manos empapadas con perfume de jazmín de Arcturo.

Luego parpadeó, emocionado y feliz.

—Si mal no recuerdo, señor Sorell —dijo—. Sólo en nuestra galaxia los planetas con atmósfera de cianuro son unos cuantos millones.

Crotalis puso de pie su menguada estatura y se restregó las manos con algo parecido al gozo.

Como a todos los malditos arcturianos, le gustaba demostrar sus profundos conocimientos.

Incluso olvidó la mirada de tristeza y sobresalto que yo me había acostumbrado a tener ante mis ojos cuando lo tenía a él ante los ídem.

—Sin salimos del Gran Radiante Victoria —dijo Crotalis —, los planetas cianhídricos son más de cuatro millones.

Pulsó un botón en una pared y ésta se iluminó con puntos de diversos colores.

—Vea aquí, Sorell —dijo—. No necesitamos siquiera salimos de este cuadrante. Fíjese en esto, Sorell.

Pulsó otro botón y todas las luces se desvanecieron. Un

instante después aparecieron, desperdigados, varios puntos luminosos de intenso color verde.

—Los puntos verdes —dijo Crotalis— indican aquellos sistemas planetarios donde existe por lo menos un planeta con atmósfera de cianuro.

En la penumbra que se había creado al iluminarse la pared, Crotalis sonrió con la típica bonachonería pedante del arcturiano. Agravada, en su caso, por la carga de paternalismo del alto funcionario dirigiéndose a uno de sus subordinados. Y en este caso a un subordinado especialmente terco e intransigente.

Crotalis volvió a pulsar un botón y algunas luces verdes desaparecieron para dejar paso a otras luces de color rojo intenso.

—Los puntos rojos —dijo Crotalis— indican aquellos sistemas planetarios que cuentan con más de un planeta en cuya atmósfera predomine el cianuro. Como podrá apreciar, el sistema tributario de Ptholm está incluido en esta categoría. Salvo el Gran Mong, el pequeño Mong y Eureka, todos los otros planetas de este sistema tienen una importante carga de cianuro.

Todo eso yo lo sabía.

—Todo eso ya lo sé, señor —dije—. No es necesario que me lo repita.

—¿Ah, no?

Crotalis encendió de nuevo la luz de techo.

—Pues la verdad, jovencito, es que no tengo idea de lo que usted sabe o deja de saber, y no me interesa demasiado tenerla.

Crotalis sonrió con enfática condescendencia.

—Yo estoy aquí no por mi propia voluntad —dijo—, sino porque pertenezco, igual que a usted, a un servicio despótico que maneja a sus funcionarios como si fueran piezas de ajedrez. O algo peor.

Crotalis se irguió en los talones. La mirada sobresaltada había vuelto a ocupar sus redondos ojos de arcturiano de clase alta.

Pero ahora no la acompañaba una melancólica tristeza sino, muy por el contrario y para mi sorpresa, un evidente enfado.

—Yo estoy aquí —insistió Crotalis— porque el Gran Khan del Registro Catastral de Arcturus me odia. Siempre me ha odiado. ¿Y sabe por qué? Por una *schloss* ji, ji, ji

Una sincera vengativa alegría alivió la cargada mira da venenosa de Crotalis.

—Una deliciosa *schloss* que yo le birlé cuando le» dos éramos jóvenes estudiantes —dijo Crotalis—. ¡Menudas juergas! Se conocía las noventa y seis posturas antiguas y las ciento once del moderno catálogo de Reindre. ¿Probó usted alguna vez con una *schloss?*

—Sólo he probado con prostitutas venusianas, señor

—Lo lamento por usted, jovencito. Si se comporta como es debido, sin discutir lo que le dicen sus superiores y sin emitir infundios sobre el perfecto funcionamiento de nuestras sondas robots y de nuestros labora torios robotizados, quizá le consiga una schloss para algún fin de semana.

Crotalis se inclinó sobre la pantalla iluminada de si mesa-escritorio y manipuló los mandos.

—Sí —dijo—. Hay un par de *schlosses* nuevecitas en Pando City. ¿Conoce Pando City?

Pando City era, digamos, la capital comercial y cultural del Pequeño Mong.

Una ciudad ubicada cerca del ecuador, cálida sin ser calurosa y fresca sin ser fría.

Una ciudad famosa en todo el sector por lo relajado de sus costumbres.

Se la llamaba: «La Gran Sodoma», relacionándola con las célebres Ciudades de la Llanura que se mencionan en la famosa colección de cuentos terrícolas «La Biblia», prohibidos y censurados en casi toda la Galaxia.

—No, señor. No conozco Pando City y no me interesan esas *schlosses.*

—¿No le interesan? ¿De veras?

—No en este momento, al menos —rectifiqué.

Una *schloss,* todos lo sabemos, es una *schloss* y tampoco es cosa de despreciar así porque sí, por un simple pronto, como vulgarmente se dice.

—Ya, ya...

Crotalis estaba de nuevo melancólico. Se pasaba la mano por el breve mentón de patricio arcturiano.

—Había pensado en organizar una francachela a dúo —dijo—. Pero la dejaremos para más adelante. ¡Ah, Arcturus! ¡Cómo añoro tus llanuras, tus colinas, tu sol y tu cielo! Ah, los hombres vengativos. Nunca me perdonó que le birlara aquella *schloss,* el imbécil de Weldrie. Y después, van y lo nombran Gran Khan. ¡A él! Un inepto. Se dijo que su familia sobornó a varios Consejeros Mayores. No me extrañaría. Sólo de esa forma es posible... Y yo aquí.

Crotalis se derrumbó en su sillón y movió la palanca del masaje vibratorio ventro-genital.

—¡Ahhh!

Con los ojos cerrados, Crotalis se olvidó por unos instantes del mundo, mientras las suaves corrientes de energía neurónica lo recorrían.

—¡Señor!

Crotalis abrió sobresaltado los ojos y torció la boca en un espasmo de ira.

—¡Usted! —bramó—. ¿Todavía no se ha marchado?

—Estoy seguro que hay un error, señor —dije—. Sencillamente no puede ser.

—¿Se atreve usted a decirme a mí, su Director, lo que puede y no puede ser?

Crotalis se irguió y señaló la puerta.

—¡Largo de aquí!

—No me iré, señor, hasta que usted no escuche atentamente lo que tengo que decirle.

—Pero si ya le he escuchado.

—No me ha escuchado.

—Le digo que sí.

—Y yo que no.

—¡Es usted un pelmazo, Sorell!

Crotalis volvió a sentarse.

—Por un tiempo —dijo— pensé que alguien lo odiaba a usted lo bastante como para haberlo enviado aquí. Ahora sé que no fue así. Sé que el que lo ha enviado me odia a mí. ¡A mí!

Los ojos de Crotalis estaban alerta, su labio inferior tembló levemente.

—¡Oiga! —bramó—. No lo habrá enviado el Gran Khan de Arcturus, ¿eh? Ese cretino mal nacido de Weldrie es capaz de todo con tal de...

—No me envió el Gran Khan de Arcturus, señor —dije, conteniéndome a duras penas—. Nadie me envió.

—¿Cómo nadie? ¿Cómo es posible?

—Muy fácil —dije—. Yo pedí que me enviaran.

—¿Usted... usted pi... pidió...?

Crotalis abrió, incrédulo, sofocado, la boca. Ahora se auto-recetó un masaje neurónico en el plexo solar, como si temiera que su corazón no fuera capaz de resistir tamañas impresiones.

—Explíquese, Sorell.

—No hay nada que explicar, señor —dije—. Me enteré que había una vacante de Agrimensor Consultivo en Tricornis y la pedí. Me la concedieron. Eso es todo.

—¡Eso es todo! —Crotalis no pudo evitar que su voz sonara desdeñosa, aunque se le notaba que no era desdén lo que sentía sino lástima y conmiseración— ¿Sabe usted cuánto hacía que estaba vacante ese cargo? ¿Lo sabe usted?

—No, señor.

—Doscientos sesenta años terrestres, señor Sorell. Y ahora aparece usted, pobre imbécil infatuado, y pide el cargo. ¡Y lo peor es que se lo dan!

Crotalis encendió un cigarrillo de lechuga péptica.

—¿Fuma usted, Sorell?

—No, gradar

—Mire que son naturales, son auténticos cigarrillos de Neptuno. Y no son de invernadero

—En ese caso...

Crotalis me observaba atentamente. Yo conocía esa mirada. Yo mismo había mirado así a mucha gente. De hecho, miraba así a todo el mundo menos a mis colegas los Agrimensores. Pero nunca nadie me había mirado de esa forma a mí.

Porque Crotalis me miraba como si yo fuera un vulgar infradotado, como si fuera un simple homo-especialis, como si fuera uno cualquiera de vosotros.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí en Tricornis, Sorell?

—Un mes y tres días, señor.

—Y dígame —Crotalis juntó los dedos bajo la barbilla—, ¿Alguien ha requerido hasta ahora sus servicios? ¿Algún colono en potencia ha ido alguna vez a consultarlo?

—No, señor —dije yo, mosqueado—. Sin embargo es pronto todavía. Ya se sabe que en estos tiempos, con las comodidades cada vez mayores que dan la ciencia y la técnica, los colonos escasean. Pero ya aparecerán...

—¡Y un cuerno!

—¿Cómo?

—Y un cuerno. ¿Quiere que lo mande imprimir para que usted lo lea? ¿Es que no tiene oídos? Ji, ji, j¡.

De nuevo la pálida, breve risita. Sin embargo, en esta ocasión, no había ninguna alegría en el tono de la misma. Una risita piadosa, conmiserada.

—Ningún colono atravesará nunca su puerta, señor Sorell.

Sorell. Ni mañana ni en un año ni en un siglo.

Nunca.

Yo me había quedado sin habla. La deliciosa lechuga péptica me sabía a ácido fénico o tabaco.

—¿Y sabe por qué, Sorell? ¿Lo sabe?

Moví la cabeza a los costados.

—Porque tienen miedo. Sí, sí, sí.

Crotalis golpeó con un dedo la mesa y la penumbra volvió a adueñarse del despacho.

La pared frente a la mesa se iluminó en todo su tamaño

de sesenta metros cuadrados.

—Observe esas gráficas, Sorell —dijo Crotalis—. Es verdad que la colonización ha superado ya sus mejores días. Es cierto, como usted dijo, que las comodidades y el lujo hacen al ser humano cada vez más proclive al ocio, la vida fácil y la molicie y cada vez más reacio al riesgo y la aventura.

Yo me había sentado en un rincón de la mesa.

—Sin embargo, según las gráficas del Registro Central de Catastros, la colonización no se ha extinguido. Los porcentajes son inferiores a los de la centuria pasada, pero todavía se sigue colonizando. ¿En toda la Galaxia? Eso parece.

El penetrante olor del jazmín arcturiano, mezclado con el sabor agridulce de la lechuga péptica, había empezado a marearme.

—Sin embargo, Sorell, no es así.

Una nueva gráfica ocupó la pared.

—Estos son los datos, puestos al día, correspondientes al Sector V-6 de la Gran Radiante Victoria. Fíjese usted que los guarismos de colonización se mantienen más o menos invariables desde hace dos siglos. Vea que incluso han crecido los porcentajes en relación a otras zonas de la Galaxia. Todo parece ir bien, ¿verdad?

—Verdad.

—Pues no es así.

Una nueva gráfica luminosa apareció en la pared. Yo la observé asombrado, incrédulo, con todos los músculos en tensión.

—Lo ve ahora, ¿eh? ¿Lo ve? Esta gráfica corresponde al Sub-Sector V-6-F. Abarca los guarismos de noventa y seis cuadrantes. Sí, sí. Ya veo que se ha fijado.

Crotalis, a mi espalda, jadeó con ansia.

—Hay un par de cuadrantes cuyo guarismo de colonización es exactamente cero. ¡Cero! ¿Y desde cuándo? ¿Quiere saberlo?

Crotalis volvió a encender la luz.

Golpeteaba nervioso, con los dedos, en la mesa de

vinilo termo aislado.

—Desde hace cuatrocientos ochenta años.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Por miedo.

Entonces lo comprendí. También Crotalis tenía miedo. No era simple nostalgia lo que se escondía bajo su triste y angustiosa mirada. Era miedo. El más horrible catalizador que ha conocido la humanidad.

—Sí, señor Sorell.

Crotalis extendió un brazo y lo movió en el aire como si quisiera abarcar el firmamento.

—Todas esas cercanas estrellas aisladas, todos esos planetas despoblados jamás serán colonizados. Nadie se atreverá a intentarlo siquiera.

— ¿Miedo a qué? —pregunté—. No lo entiendo.

Crotalis se había calmado. Sosegado, sonreía. Se observaba en la reluciente superficie de la mesa de vinilo. Se mojó un dedo con la lengua y se humedeció minuciosamente la gran bola calva y brillante que era su cabeza.

— ¿Acepta almorzar conmigo, Sorell? —preguntó.

Parecía casi humilde, como si estuviera amedrentado y, a la vez, avergonzado.

Un hombre, pensé, que necesita desesperadamente compañía.

— ¿Por qué no, señor? —respondí.

—Bien, bien, bien.

Crotalis se restregó las manos.

—Después que almorcemos, con una buena copa de sulfas de dragón en la mano, se lo explicaré todo detalladamente. Entonces comprenderá lo necio que ha sido.

— ¿Y esto, señor?

Blandí las hojas de celuloide vítrico donde traía las comprobaciones de los robots respecto al pequeño planeta llamado Melpómene.

—Estoy seguro de que hay un error, señor —dije.

—Déjelo, Sorell.

Crotalis movió indolente una mano.

—Déjelo correr. No creo que haya errores, pero aunque los hubiera...

— ¡Señor! Un error de esta naturaleza...

Crotalis movió lentamente la cabeza y me miró des de abajo con infinita tristeza.

—Cuando me haya oído lo que tengo que decirle, señor Sorell, ya nada le importará ese pequeño error Si es que se trata de un error, claro.

Salimos del despacho al largo pasillo acondicionado. Subimos a un vehículo de vectoración hipersensorial. Mientras manipulaba las coordenadas del restaurante en el que quince segundos, después apareceríamos, y antes que nuestros átomos se disgregaran para volver a .unificarse en el lugar elegido, Crotalis tuvo tiempo de decir, en un hilo de voz:

—No le importará nada de nada, Sorell. Ya verá.

Sólo estará deseando huir cuanto antes de aquí. Irse lo más lejos posiiii...

Ya ubicados frente a frente en el restaurante, Crotalis finalizó:

—...ble.

Entre los dos había una humeante fuente de porcelana de la colonia china de Saturno, adornada con dibujos eróticos y frases del célebre líder de los guardias rojos Lao Tsé.

Una de las frases aquellas, de profunda filosofía, enseñaba:

«Amaos, hijos míos, los unos encima de los otros.»

Crotalis destapó la fuente.

—Sopa de larvas de oruga huesuda —dijo.

Y se frotó las manos. Por primera vez, desde que yo estaba en Tricornis, veía a Crotalis con auténtica alegría.

CAPITULO IV

Antes de nada, debo referir los motivos que me llevaron aquella tarde al despacho de Crotalis y de allí, con él, al restaurante.

Los motivos, valga la paradoja, fueron uno solo, un nombre concreto, femenino, el de la musa de las vetustas tragedias griegas: Melpómene.

Melpómene era, en este caso, el nombre de un planeta, un pequeño planeta que orbitaba, solitario, un moribundo sol rojo en la periferia del Gran Radiante Victoria.

Aquel lejano sol, conocido por el nombre de Dionisos, no pertenecía estrictamente al cuadrante Alfa CX-9993-Orión y ni siquiera al sector V-6-F, que eran los que estaban más o menos bajo mi supervisión.

Según los mapas galácticos oficiales, ya tri, ya bidimensionales, Dionisos formaba parte del sector V-7-F y, específicamente, estaba integrado, a todo efecto administrativo o de colonización, en el cuadrante Beta LR-0263-Orfeus.

Tomadas en el estricto sentido las disposiciones reglamentarias del régimen interno del Registro Central de Catastros, yo, Idgris Sorell, en mi calidad de Agrimensor Consultivo de un sector y un cuadrante dados, no debería haberme interesado por un planeta que orbitaba un sol ajeno a mi circunscripción.

Esta es una regla muy estricta que el cuerpo de Agrimensores se ha tomado siempre muy en serio. Los violadores de dicha regla pueden sufrir penas que van desloe elevadas sanciones pecuniarias hasta la degradación lile por

vida.

Más graves son todavía las penas para aquellos agrimensores consultivos que de motu propio, decidan el envío de una sonda prospectiva o de investigación a cualquier planeta o asteroide que no forme parte del cuadrante o sector que tienen asignados. Las penas, en este caso, van de la automática exclusión del cuerpo hasta el destierro en los planetas más inhóspitos de la galaxia.

En el caso de los cometas, de los planetoides errantes o de los soles vagabundos, el Agrimensor está autorizado para realizar las investigaciones pertinentes (cuando dichos cuerpos celestes atraviesan sus dominios), siempre y cuando obtengan la autorización de su inmediato superior.

En mi caso, la autorización debía ser concedida por el nervioso y asustadizo arcturiano Sulfien Crotalis.

Fue por ese motivo, es decir, para obtener dicha autorización, que yo visité su despacho aquella mañana.

Pero bueno, hombre de Dios, os diréis.

¿A qué tanta insistencia sobre este asunto, si Melpómene estaba fuera de tu circunscripción?

Y, sobre todo, me parece oíros: ¿Y a cuento de qué toda esa historia sobre la atmósfera de cianuro?

Dadme tiempo, buena gente, por favor.

Ya os he explicado los reglamentos que rigen para el caso de los cometas, los planetoides errantes o erráticos y todo cuerpo estelar intruso.

Pues bien.

Dionisos, el sol rojo, se encuentra apenas a unos pocos minutos luz del límite entre el sector V-6-F y el V-7-F.

Melpómene gira en torno a Dionisos en una elongada órbita elíptica que hace que, en el perigeo, el pequeño planeta se introduzca de lleno, por espacio de varios días terrestres, en el sector que entonces estaba bajo mi cargo.

¿Habéis entendido?

Yo, reglamento en mano, podría, en caso que se me presentaran problemas, demostrar que Melpómene se comportaba, a efectos puramente administrativos, que no de

mecánica celeste, como un cuerpo estelar intruso.

Por eso fui a pedir a Crotalis la autorización. Por eso y por el cianuro, claro.

* * *

A mí (como a la gran mayoría de los Agrimensores del Espacio) siempre me ha fascinado el hondo misterio de las atmósferas cianhídricas.

Son, en la actualidad, uno de los pocos misterios del universo que todavía no tienen un porqué.

¿A qué se debe la elevada concentración de hidratos de armonio que se encuentra, invariablemente, en los planetas cianhídricos?

¿Por qué dichos planetas giran todos, sin excepciones, en órbita invertida?

¿Cuáles son las leyes biológicas que rigen los planetas cianhídricos?

La vida, según siempre la conocimos, se basa en las cadenas moleculares del carbono.

No puede haber vida (consta todavía en algunos atrasados libros de texto) si no es en base a los enlaces carboníferos.

¿No puede haberla?

¿Y la vida en los planetas cianhídricos qué?

Porque en dichos planetas, el cianuro, letal para nosotros cumple el mismo papel para la vida tal cual la concebimos cumple el carbono.

El hecho de que los planetas cianhídricos nos estén absolutamente vedados (y no sólo por el cianuro sino por otros muchos motivos que sería largo enumerar) hacen de estos misterios algo día a día más fascinante.

Para muchos agrimensores, el cianuro se convierte en una verdadera obsesión.

Quizá habréis oído hablar de la enfermedad del cianuro. Pues es eso: el delirio cianhídrico cuando termina en locura, si no en suicidio (con cianuro, claro).

Fue esta fascinación la que me llevó a estudiar, en mi prolongado ocio, aquel pequeño planeta intruso.

El informe espectro y magnetoscopio) que me brindó el selector estaba correcto. O al menos lo parecía.

Porque, ¡señores!, Melpómene no gira en órbita invertida en torno a su pequeño sol rojo. ¿Un dato erróneo?

Lo verifiqué y era correcto.

Entonces, ¿qué?

¿Acaso Melpómene constituía la excepción a la segunda regla de la Cianhídrica planetaria?

Esa que dice: todo planeta con atmósfera de cianuro gira invariablemente en una órbita invertida, o sea que en vez de dar vuelta en torno a su sol siguiendo la trayectoria Sur-Norte de las paralelas galácticas, lo hace en sentido Norte-Sur.

(Os aclaro que muchos otros planetas tienen órbita invertida, no sólo los cianhídricos. Pero todos los cianhídricos la tienen. Hay un viejo dicho que también para seguir la conducta de estos extraños planetas, podemos invertir: No son todos los que están pero sí están todos los que son).

Ya me veía yo inmortalizado en la historia de la Mecánica Galáctica como el hombre que desbarató h segunda regla de la. Cianhídrica.

Me dejé llevar por los sueños y por el entusiasmo hasta que de golpe toda mi teoría se derrumbó.

El Selector, que antes había seguido tan rigurosa | fielmente mis quiméricas esperanzas, me desgarró el alma con un dato imposible: había vestigios de ozono en la atmósfera de Melpómene.

¡Absurdo!

¿Dónde se ha visto que un planeta cianhídrico con tenga ozono en su atmósfera?

Una de dos: o el dato era un error o aquel planeta no tenía una atmósfera cianhídrica (lo cual hubiera si do otro error del selector).

Y ya sabéis: Nuestras máquinas *nunca* se equivocan

Por eso fui a ver a Crotalis y él me escuchó

pacientemente. Por eso le pedí que me autorizara a enviar una sonda prospectiva.

Y Crotalis se negó.

Y se enfureció.

E intentó por todos los medios que yo desistiera de mis intenciones.

Pero yo no podía desistir, ¿entendéis?

¡Yo ya había enviado la sonda prospectiva!

La había enviado contraviniendo todos los reglamentos del cuerpo.

Que disparate, ¿verdad?

Fue como meter la cabeza en el cepo.

Pero ¿qué queréis?

No es costumbre de un mero Director, que al fin y al cabo no es nada más que un político, negarse a una intuición, a un razonamiento o a un capricho (sí, incluso a un capricho) de su Agrimensor Consultivo.

Cuando fui a hablar con Crotalis contaba, de antemano, con su aprobación.

Y aquí me tenéis, en el restaurante, una hora después, bien comido Crotalis y sin haber probado yo un bocado.

Afectuoso y tranquilo él, y yo convertido en un puro manojo de nervios.

* * *

—No ha comido usted bocado, señor Sorell.

—No tengo hambre.

—Es malo no comer, ¿sabe usted?

— ¿No me diga?

— ¿Sardónico, señor Sorell? —la boca de Crotalis se retorció en algo que semejaba el inicio de un llanto compungido—. Yo sólo intento ser bondadoso con usted. ¿Por qué no podemos tratarnos como buenos camaradas?

Movió las manos.

—Somos dos... desterrados.

Con un dedo Crotalis fustigó una lágrima que

amenazaba surgir de su ojo izquierdo.

—Estamos hermanados en la desgracia, Sorell. Los dos aquí en el confín del Universo, exiliados, desterrados. Yo intento ser bondadoso con usted... Y usted me lo paga con rudos sarcasmos.

—No fue ésa mi intención, señor. Lo siento. Es que estoy un poco nervioso, ¿sabe?

—Y yo. Y yo...

Como si temiera la presencia de espías, de inquisidores o de embozados enemigos, Crotalis bajó la voz hasta un susurro y lanzó una lenta, escrutadora y minuciosa mirada alrededor.

—Bien, bien, bien —dijo—. O mejor dicho: mal< mal, mal. Porque todo va muy mal, muchacho. Todo va muy mal.

Bebió abruptamente un sorbo de vino verde de Neutroplea y eructó suavemente contra un puño.

— ¿Ha oído usted hablar —me preguntó, con la voz todavía más secreteante— del Capitán Unicornio?

—No, señor.

—Ya...

Crotalis vació el vaso y lo introdujo en el camarero automático para que lo volviera a llenar.

—Si usted hubiera oído hablar del Capitán Unicornio, no habría pedido que lo designaran como Agrimensor Consultivo de este sector, Sorell.

Crotalis bebió.

—Pero claro... allá, en la Administración Central, se desinteresan por lo que ocurre en la periferia. No hacen caso de las vicisitudes que aquí se viven. Tanto les da que todos aquí reventemos.

Yo probé un sorbo de mi vino.

— ¿Quién es el Capitán Unicornio? —pregunté.

— ¡No hable tan alto!

La faz de Crotalis adquirió, por efecto del miedo, un sucio color terroso, como el de la arcilla de Júpiter. Los ojos le dieron vuelta en las órbitas como planetoides en avanzado estado etílico.

— ¡No sea usted loco! ¡No se juegue la vida de esa manera!

¿Qué había hecho yo?

— ¿Pero qué he hecho? —pregunté—. No lo entiendo.

—No mencione al Capitán Unicornio en alta voz —susurró Crotalis—. Está prohibido.

— ¿Por qué?

—Ordenes del gobierno del Pequeño Mong —Crotalis volvió a adoptar, por un instante, su jovial sonrisa de arcturiano refinado, culto y civilizado—. Maneras de pensar de estos remotos pueblos bárbaros, Sorell. Enemigo al que no se menciona, enemigo que no existe. ¿Ha oído hablar usted de un animal que se llamaba avestruz?

—No, señor.

—El avestruz, según cuenta la leyenda, escondía la cabeza en un pozo en la tierra para huir de sus enemigos.

Crotalis sonrió divertido.

—Creía que de esa forma, si ella no veía a sus enemigos, sus enemigos tampoco podrían verla a ella.

Crotalis bebió, suspiró, tragó vino, volvió a beber, a suspirar y a sonreír.

—Idéntica táctica —dijo— es la que ha adoptado el gobierno del Pequeño Mong en relación con el...

Una rápida mirada alarmada en tono, el cuerpo inclinado hacia mí por encima de la mesa, un susurro:

—Capitán Unicornio.

— ¿Quién es ese... hombre?

—No es un hombre.

— ¿No es un hombre? ¿Y a qué le temen, entonces?

Por un momento me congeló la nauseabunda idea de que tal vez el capitán Unicornio era uno de esos míticos animales pensantes que según dicen los no enterados existen en muchos planetas con atmósfera cianhídricas. Un Urgú o un Escocés.

— ¿Es... —vacilé—... un monstruo cianhídrico?

—Hombre, hombre —Crotalis rió divertido—, ¿También usted cree en esas fantasmadas? ¡Historias de viejas, Sorell!

Parece mentira que usted, todo un Agrimensor del Espacio titulado, pueda creer en esas cosas.

Me enrojecí avergonzado.

— ¿Qué es entonces? —pregunté indignado.

— Crotalis me miraba parpadeando, seguramente algo beodo ya y muy divertido. Ya se sabe que el vino es el mejor remedio para el miedo.

Y no digamos si el vino es un buen vino verde, espeso, amargo y espumoso de Neutroplea...

—Vamos, señor, conteste —exclamé—. Si no es un hombre, ¿qué es?

—Bueno... —Crotalis se pasó una mano meditabunda por la tersa y aceitosa periferia de su redondo semblante de aristócrata arcturiano—. En cierta forma, es un hombre... y en cierta forma no lo es...

—Temo no entenderle, señor...

Crotalis volvió a adelantar el torso hacia mí.

—Es —dijo— un mutante.

— ¿Un... mutante?

Yo no veía que la cosa fuera tan terrible. Cada día, según las últimas estadísticas, nacen en la galaxia, por término medio, unos noventa millones de mutantes. Unos pocos poseen algunas cualidades privilegiadas (en cierta forma nosotros, los Agrimensores, somos mutantes}, mientras que la gran mayoría, un noventa y nueve con noventa y nueve por ciento, son retro-mutantes (como se los llama), seres infradotados sin ninguna utilidad.

Son, según palabras del Mutantólogo Abeth Reyfinkels, «probaturas fallidas de la Madre Naturaleza». Un poco cursi, sin duda, pero exacto.

— ¿Y qué? —dije—. ¿Tanto problema por eso?

—Usted no me entiende, Sorell —dijo Crotalis—. El... señor del que le hablo... es un caso único de mutación. No es un mero telépata, ni un hombre canguro, ni un hombre montaña, ni un genio del cálculo ni un... agrimensor vulgar y corriente.

La pequeña injuria alivió a Crotalis de su pesar, al

menos en parte.

—Le contaré una historia, Sorell. Después, usted dirá.

CAPITULO V

Terminada la Gran Guerra Civil con el triunfo de las huestes democráticas comandadas por el Duque Welch, diversos grupúsculos de fanáticos del derrotado Imperio siguieron combatiendo en la periferia de la Galaxia.

Hubo grupúsculos de esta naturaleza en el Cinturón Dálmata, en la Mancha Negra, en los Espiralkes, en la Gran Lente Convexa, en El Cubo del Sur, en Marogna's y, también, en la Gran Radiante Victoria.

En todo sitio alejado del Gran Magma Central de la Galaxia se siguió luchando, luego del triunfo de las huestes rebeldes, durante decenios, centenios e incluso milenios.

Sin embargo, tarde o temprano, todos los focos de insurrectos al Nuevo Régimen (o de fieles al Régimen Antiguo) fueron exterminados, sometidos, vencidos, en todo caso asimilados por los modos y las normas de la nueva administración galáctica.

En la Gran Radiante Victoria las luchas se prolongaron durante casi dos milenios, hasta que el rey Megisto de Golconda, en alianza con el Príncipe Dabore de Dabore, con el presidente Licud de Nueva Melhem y con el monarca Ifastos del Pequeño Mong, obtuvo la definitiva victoria de la constelación del Burócrata, batalla en la cual las hordas imperialistas fueron aniquiladas.

¿Por completo?

No.

Quedaron, dispersos, algunos grupúsculos de escasa importancia.

Al principio, la Alianza Victorial (como se llamó al grupo

de los vencedores) los combatió y persiguió sin tregua.

Pero, con el tiempo, surgieron disidencias y conflictos entre los vencedores, que permitieron que los insurrectos pudieran gozar de la paz del olvido.

Siendo, como eran, gentes apegadas al viejo orden, acérrimos partidarios todos ellos de la dinastía Nitrihista, nunca terminaron de integrarse por completo a la sociedad moderna.

Con el paso de numerosas generaciones, los ideales por los que habían combatido se diluyeron hasta extinguirse por completo.

Sin embargo, la belicosa sangre de los fanáticos nitrihistas no se diluyó ni se extinguió y sus descendientes se convirtieron a la larga en piratas del espacio.

Siendo poco numerosos, estando mal pertrechados y viviendo en una permanente pugna interna (sin un ideal único que los aglutinara cada cual daba rienda suelta a sus ambiciones), no llegaron nunca a ser un verdadero peligro para la estabilidad de la zona.

Causaron, qué duda cabe, graves daños al comercio intergaláctico, pero no atentaron de forma directa contra las Repúblicas Monarquías, Autarquías y Carnestolendas instaladas como forma de gobierno en los diferentes sistemas autonómicos de la Gran Radiante Victoria.

La fortaleza creciente del reino del Pequeño Mong (que llegado el tiempo se convirtió en líder natural de todos los sectores V), significó un endurecimiento de los sistemas galáctico-policiales contra la piratería.

En apenas doscientos años de dura actividad policial, los piratas parecieron haber sido exterminados.

Quedaban, todavía, algunas bandas dispersas, pero no representaban ya ningún peligro para la ley y el orden y tampoco para el comercio a grande o pequeña escala.

¿No?

No. Porque estaban (las bandas) separadas, porque había rencillas y odios entre ellas, porque no había un líder que aglutinara ambiciones y talentos.

¿No lo había?

No lo hubo durante decenios, centenios, milenios.

Ya muchas de las bandas de piratas se habían convertido en pandillas de menesterosos espaciales de mendigos galácticos, de quinquis estelares, de gitanos aeronavales, de pasotas universales, de hippies.

Hasta que un día surgió, sin que se supiera de dónde, el Capitán Unicornio.

* * *

—Hace exactamente quinientos treinta y siete años —dijo, con un suspiro de íntimo pesar, el arcturiano Sulfien Crotalis—. Y desde entonces todo va mal.

— ¿Quinientos treinta y siete años? —dije yo—. No puede ser. Nadie puede vivir tanto.

—Nadie que sea humano —dijo Crotalis—. Pero ya le he dicho que el Capitán Unicornio es sólo humano a medias.

Crotalis cabeceó su perplejidad y su miseria.

—Desde que el Capitán Unicornio apareció —dijo— la colonización ha dejado de existir.

— ¿Por qué?

—Porque él así lo ha dispuesto —dijo Crotalis—. Amenazó con exterminar a todos los colonos que se atrevieran a hollar cualquier planeta inhabitado... y cumplió sus promesas.

Crotalis tembló entero con un hipo.

Dos hipos.

Tres.

—En cincuenta años —dijo—, acabó con la colonización en esta parte de la galaxia.

Cuatro hipos.

—Y eso no es todo —dijo Crotalis—. También ha hecho saber que todo aquel funcionario de los Registros Catastrales que se atreve a inmiscuirse en sus asuntos, lo pagará muy caro.

Cinco hipos. Y seis. Los ojos a Crotalis le bailaron un

minué siriano.

—Son varios los Directores y los Agrimensores Consultivos que pagaron la vida por no creer estas amenazas —dijo Crotalis—. Yo, al principio, también descreí. Hasta que los hombres del Capitán Unicornio me secuestraron y me llevaron a la presencia de su jefe.

— ¿Lo... secuestraron?

—Sí, hijo. Sí.

Crotalis cabeceó, bebió, se pasó las manos perfumadas con jazmín de Arcturus por el rostro sudado por los jazmines del pavor.

—Bombardearon una preciosa villa que yo tenía cerca de Pando City y me llevaron con ellos.

Crotalis tenía cerrados los ojos.

—No sé el planeta en el que tocamos tierra —Crotalis movió las manos para abarcar el universo—. ¡Cualquiera sabe; Allí me esperaba el Capitán Unicornio!

— ¿Usted... lo vio?

— ¿Verlo? —Crotalis tembló, se estremeció, apuró un trago de vino como si fuera la única forma de detener el inminente infarto de miocardio—, ¡Sálveme la Virgen de las Galaxias Mayores!

Crotalis movió la cabeza.

—He oído decir —dijo— que aquellos que han visto la cara del Capitán Unicornio han caído fulminados como si hubieran visto la cara del Profeta Velado.

— ¿De quién?

—El Profeta Velado —Crotalis asomó con desdén el labio inferior—. Tch, tch, tch, hijo, qué inculto eres. Ya digo yo, que la Agrimensura, con todo eso de estudiar puras técnicas, no deja campo para la verdadera cultura.

—Bueno, bueno. Termine el rollo.

—Está bien, está bien. ¿Qué más quieres que te diga? —Crotalis suspiró—. No vi al Capitán Unicornio, pero lo escuché. No, no, no. No es que escuchara su voz, ¿sabes? Sino que se trataba de una voz interior, una voz sin sonido, algo, un mensaje que llegó hasta mis neuronas cerebrales y

mis circuitos de retención sin necesidad de atravesar mis tímpanos ni de producir vibraciones empáticas en el liquido auricular. ¿Queda claro?

—Sí, supongo. Lo oyó sin oírlo, ¿es eso?

—Algo así. Eres más listo de lo que pareces, ¿sabes?

— ¿No diga?

—De veras.

Crotalis me miraba muy serio, como si intentara descubrir si su elogio era sincero o si se trataba de un mero lapsus de cordialidad que había tenido.

—Bien, bien, bien —dijo—. El Capitán me perdonó la vida. Eso me dijo su voz, aquello, lo que fuera. ¿Sabes lo que me dijo?

— ¿No me ha dicho que no le dijo nada?

—Bueno —Crotalis frunció el ceño: si los arcturianos no se depilaran las cejas yo podría decir que sus cejas se unieron encima del caballete de la nariz—. Si eres así de quisquilloso... ¿Quieres saber lo que me trasmitió, lo que me dio a entender, lo que me hizo saber por medio de la telepatía, de la empatía, del mensaje subliminal o como cuernos se llame lo que sea? ¿Quieres o no?

—Te escucho.

—No me tutees.

—Tú me tuteas.

—Soy tu director.

—Y yo un agrimensor.

—Te llevo treinta años. Podría ser tu padre.

—Y yo tu hijo. Vamos, haz trabajar a la húmeda.

— ¿La qué?

—La lengua, cheli.

—Uf.

Crotalis bebió otra vez, sonrió, etc.

— ¿Sabes lo que me dijo?

—No, no lo sé.

—Entonces yo te lo diré. Me dijo: «Sólo porque es usted arcturiano y yo soy un gran amante de la poesía de Blauder Flautista, le perdono por esta vez la vida. Pero que no se

repita.»

Crotalis me miró con suficiencia de noble arctúrico.

— ¿Te das cuenta, terrícola? La gran cultura arcturiana me salvó.

—Yo nunca pude leer dos sonetos seguidos de Blauder Flautista sin dormirse —dije, rencoroso.

— ¡Qué sabrás tú de poesía! —dijo Crotalis.

Bebimos unos instantes en silencio.

— ¿Te das cuenta ahora por qué yo no puedo autorizar que envíes una sonda a Melpómene? —preguntó Crotalis— Melpómene figura en la lista de planetas interdictos.

— ¿Por orden del gobierno?

—No —dijo Crotalis—. Del Capitán Unicornio. Te das cuenta, ¿verdad?

—Me doy cuenta.

—Enviar una sonda allí significaría tu muerte instantánea —dijo Crotalis—, Y yo no quiero que te mueras. Eres joven todavía. Incluso un terrícola merece vivir.

—Gracias.

—No hay de qué. No soy racista.

—Yo sí. Y temo que, si enviara una sonda, tu vida tampoco valdría nada. Pues tú la habrías autorizado.

—Me siento tranquilo —dijo Crotalis—, ya que nada he autorizado.

— ¿De veras?

—Pues claro. Tú lo sabes tan bien como yo.

— ¿Y lo sabrá el Capitán Unicornio? ¿Le entenderá?

— ¿Qué... pero qué diab... pero qué dices... pero de qué dem... pero qué quieres dec...?

—Que hay una sonda en camino a Melpómene —dije.

Con cautela, con elegancia, con displicencia, con gélida calma terrícola (de agrimensor terrícola), miré mi reloj cronomagno atómico (fosforescente, waterprrof y antichoc: una ganga, contrabando de Ganimedes).

—Si es —agregué— que no ha llegado...

Crotalis estaba pálido como el papel en el que escribo, oh lector, y tú lees.

— ¿Quieres dec... has dich... pero qué diab..?

—Sí, hermano —dije—. Quiero decir que he enviado una sonda a Melpómene sin esperar tu autorización previa.

Sacudí profusamente la cabeza.

Crotalis se había encogido en su asiento, como si quisiera que la tierra lo tragara.

Cogió el vaso de vino verde con mano temblorosa y se lo llevó a la boca.

No alcanzó a beber.

Ya nunca bebería de ese vaso.

Una doble sombra alargada y tétrica, más negra y sinuosa que un presagio de gitana, se perfiló, se deslizó por la mesa entre nosotros.

—Señor Sulfien Crotalis...

— ¿Sí?

—Somos agentes del Servicio de Inteligencia del gobierno. Queda usted bajo arresto.

— ¿Por qué?

—Por pronunciar palabras y nombres que están prohibidos. Le advierto que todo lo que diga desde ahora en adelante podrá ser utilizado contra usted en el juicio sumarísimo que se le impondrá...

—Pero yo... Yo...

La doble sombra eran dos largos hombres, dos minimonguianos (como se autodefinen los habitantes del pequeño Mong), con el característico bigote en equis y la coleta en la nuca.

Cogieron a Crotalis de un brazo cada uno, lo alzaron y se lo llevaron.

Pequeño, calvo, vestido de rojo bermellón, Crotalis pataleaba.

Yo terminé el vino, pagué y me fui.

Yo no le tenía miedo ni a los esbirros del rey del Pequeño Mong ni al capitán Unicornio.

Un agrimensor del espacio nunca tiene miedo.

CAPITULO VI

Rumbo a Melpómene.

Sí, amigo lector, aquí me tienes: ¡Rumbo a Melpómene!

¿Sabéis cuánto hacía que un Agrimensor del Espacio no se embarcaba en una nave individual para salir de exploración?

Os lo diré: Hacía mil novecientos ochenta y nueve años

Sí, casi dos milenios.

La época gloriosa de la exploración agrimensual se terminó, murió, quedó kaputt cuando se inventó el Selector de imágenes, capacitado para brindarle al agrimensor imágenes tridimensionales palpables, visuales, gustativas, olfativas y sonoras en la relativa comodidad de un despacho.

Y, sin embargo, a despecho de la historia allí iba yo.

¡Rumbo a Melpómene!

Todos a una:

¡Ru-u-u-mbo-ooo a Melpómneeee, mi amorrr!

¿Bonito, eh?

* * *

¿Por qué Melpómene?

Muy simple.

Porque yo tenía la intuición de que el secreto del Capitán Unicornio se encontraba en aquel extraño planeta que debía tener atmósfera cianhídrica y que sin embargo se comportaba como si no la tuviera.

Un extraño asunto, que convenía investigar.

Eso era lo que yo me decía.

Investigar *in situ.*

Pero no, no. NO.

Yo SABIA que iba en pos de la verdad, que tras aquel misterio indescifrable se encontraba la verdad. Lo negaréis, os burlaréis, pero así es. Lo sabía.

* * *

—Cielo —me dijo Cleopatra—. Nos siguen.

¿Quién?, os preguntaréis.

¿De dónde ha salido ésa?, se dirán los menos románticos de entre vosotros.

¡Ah!, si alguno de vosotros hubiera escuchado alguna vez la dulce voz de Cleopatra.

¿Néctar? No.

¿Ambrosía sonora? No.

¿El arrullo de upa paloma? No.

¿El maullido de una gata en celo? ¿Ese delicioso maullido dodecafónico que le pone a cualquier gato macho de la constelación que sea los pelos de punta? No.

¿La voz de una sirena? No.

¿De un coro de sirenas? ¡Anda ya!

La Voz de Cleopatra.

Una voz no nacida de la casual combinación genética de un macho y una hembra.

Una voz no generada por el fortuito avance de un espermatozoide entre millones de semejantes y su inserción en el anhelante óvulo que aguarda.

Una voz no casual, no fortuita.

Una voz creada minuciosa y sabiamente para alcanzar más profundas fibras del hombre y despertar en él los más tiernos y al mismo tiempo, los más salvajes de los apetitos.

Una voz que cada vez que yo la oía sentía que por mi espina dorsal trepaba el anfibio de la lujuria, el coleóptero del desenfreno, el arácnido de la pasión, el primate de la lascivia.

Pero bueno, diréis, ¿quién diablos es esa Cleopatra?

¿Y cómo usted (preguntaréis), que insiste en que nunca

conoció mujer que no fuera una prostituta venusiana habla de esta Cleopatra con tanto conocimiento de causa?

¿Y qué hace (insistiréis) esa mujer en su vehículo* espacial?

Todos a una no, chavales.

Os iré respondiendo como pueda, como dicte mi libre albedrío.

¿Vale?

Antes que nada, quiero que sepáis que Cleopatra no

es simplemente una mujer.

¡Oh, no, no!

No es una vulgar mujer como tu madre, crío, o como tu novia, cheli, o como tu abuelita o tu tía o tu hija.

No, no, no.

No es una mujer como todas esas que vosotros habéis conocido y conoceréis.

Es más que una mujer. Mucho más.

No es, insisto, el producto de una cópula banal.

No es, repito, el resultado de una casual combinación de cromosomas.

Tch, tch, tch.

Cleopatra es la obra más perfecta de la civilización humana, es la consecuencia de cientos de años de estudios y trabajos, es el Rolls-Royce de la moderna cibernética antropoide, el artículo de lujo de la Sociedad Anónima de Robots Espaciales Inc. Consolidates (Mas sachusetts).

Es…

Pero ¿para qué seguir si aquí la tenéis?

Mide exactamente ciento setenta y dos centímetros y su coeficiente intelectual es de 96 (busto) - 61 (cintura) - 96 (caderas).

¿Coeficiente intelectual? ¿Un lapsus acaso?

No, os lo aseguro.

Cleopatra lleva en el busto el condensador de energía, que se manipula presionando la izquierda y se consulta acariciando la derecha (sabéis a qué derecha e izquierda me refiero).

En la cintura lleva el manómetro de distancias.

Y en las caderas, ¡ah, las caderas de Cleopatra!

Siento no poder deciros lo que lleva en las caderas porque es secreto de estado.

Y, además del secreto, lleva todo lo demás.

* * *

Yo la miré.

— ¿Quiénes nos siguen, cielo? —No lo sé, cariño.

—Veamos.

Pulsé el interruptor de ondas herzegovianas y mi nave se trasladó, en un perfecto salto etéreo, en una maravillosa zambullida hipercósmica, al no —ser y no— estar.

—Aún nos siguen frente a mí, limpia, perfecta, sonriente, obsequiosa, dispuesta a lo que fuera.

Manipulé el condensador de energía, haciendo un supremo esfuerzo por concentrarme sólo en mi deber, y divisé, en el microrradar sobre el X... izquierdo a la nave que nos perseguía.

Con el condensador en la mano todavía miré a Cleopatra.

— ¿Qué hacer? —le pregunté.

—Consulta a Horus —me dijo.

(Horas forma parte del complejo mecánico-informático que Cleopatra lleve en... allí.)

Con un grácil movimiento, Cleopatra se despojó de la falda y las bragas.

Es perfecta, os lo digo. Una obra de genios. Se ruborizó al desnudarse.

Yo tuve que hacer un esfuerzo para no estrecharla entre mis brazos y tumbarla en el dispositivo funcio-erótico que toda nave espacial lleva incluido.

Mientras Cleopatra, creada para eso, me acariciaba, yo pensé: «Debo resistirme, no debo dejarme avasallar por el monstruo del desenfreno.»

—Suelta, Cleo —pedí.

—Mmm —pronunció ella.

¡Esa voz!

Esa voz me perdió.

Cleopatra, entiéndanlo, no es humana. No tiene glándulas, no segrega adrenalina, no puede sentir miedo.

Es el último y maravilloso ingrediente de la panoplia del buen agrimensor del espacio. La compañera ideal para los largos periodos de soledad estelar. Es, según los reglamentos internos del cuerpo, una herramienta para combatir la enfermedad de las distancias y del vacío celeste.

Los agrimensores sólo pueden utilizar su Cleopatra (cada agrimensor posee una Cleopatra propia, indeformable, inarrugable, eternamente joven, eternamente dispuesta, eternamente fiel) cuando están en misión, ya sea de viaje de un destino a otro, ya sea en tareas exploratorias.

Y yo, que sólo había gozado a mi Cleopatra en el viaje de la Tierra al Pequeño Mong, yo, que durante mi mes de estancia en Tricornis no había visto siquiera una mujer, no pude resistir la tentación de su calor y su perfume.

Cuando me incorporé, atontado y vacío de los curvos flexores de gravedad cero del dispositivo funcio-erótico, comprobé con un principio de horror que nuestra nave había perdido el rumbo prefijado.

Me precipité sobre los controles.

—Cleo —ordené.

— ¿Cielo?

—Prepara el rayo sónico —dije—. Nos están succionando.

Esa era la causa de que la nave no siguiera en el rumbo marcado.

Una poderosa nave de guerra estaba ejerciendo sobre nuestra nave una feroz succión magnética.

—Preparado el rayo sonido, encanto —dijo Cleopatra.

Me dirigí a la pantalla milimetrada y apunté.

—Fuego el tubo uno —dije.

Sentí el zumbido del rayo al salir disparado.

—Fuego el tubo dos —dije.

Ajusté las lentes de la pantalla para calcular distancias y trayectorias.

La nave enemiga se encontraba a tres *parsecs* y medio (es decir a tres segundos y medio-luz de distancia) por lo que el rayo uno tardaría exactamente treinta y cinco segundos en hacer blanco. Tres segundos más tardaría el rayo dos.

La trayectoria, según pude comprobar, era perfecta;

Esperé, con los nervios tensos, la maniobra de la nave enemiga para eludir el mortífero rayo. Calculé que, sin duda, evitaría el primer rayo con un desplazamiento vertical.

Eso era lo que yo hubiera hecho.

Por eso apunté el segundo rayo por encima de la vertical de la nave enemiga, con la esperanza de hacer blanco en ella sin darle tiempo a realizar una segunda maniobra.

—Cuatro, tres, dos, uno, cero —dije.

La nave enemiga no se había movido, no había cambiado su tranquilo rumbo cero-cero-uno y se mantenía exactamente a la misma distancia de antes respecto a nosotros.

— ¡Maldita sea! —dijo Cleopatra—. Tienen un escudo de absorción sónica.

Ya veo, ya veo. No soy ciego.

Lo grave era que *nosotros* no lo teníamos.

Si el capitán de esa nave, fuera quien fuera, decidía utilizar nuestras mismas armas...

No lo quería ni pensar.

—Cleo —ordené—. Daremos otro salto intemporal.

—El motor está recalentado, tesoro —dijo Cleopatra—. Yo no te recomendaría que te arriesgaras a un segundo salto de ese tipo.

— ¿Qué hacer entonces?

Miré a Cleopatra, como si ella tuviera el monopolio de la sabiduría, además de tener el de la belleza.

—No lo sé, rico —me dijo.

Sonreía.

Cleopatra, androide, no tiene sentimientos. No le importa morir. Para ella, la muerte es un mero accidente mecánico.

Para mí, por supuesto, no lo es.

—Tenemos que hacer algo, Cleopatra —bramé—. Nos van a destruir.

—Oh, no —dijo Cleopatra—. Yo nunca permitiría que te destruyeran a ti, cariñito.

Sus palabras me conmovieron.

— ¿De veras?

—Por supuesto, encanto —dijo Cleopatra—. Sabes muy bien que yo he sido creada para darte solaz en tu amarga soledad, para darte información si la necesitas y para protegerte.

Hablaba con las mismas exactas palabras del prospecto de la Robots Espaciales Inc.: «Agrimensor, ¡llévese una Cleopatra y disfrute placeres de noble arcturiano!»

— ¿Y cómo podrías protegerme si nos cañonearan con rayos sónicos?

—Algo se me ocurriría, cielo —^dijo Cleopatra—. Ya sabes que me doy maña para todo.

¡Muy bien que yo lo sabía!

Cleopatra me lanzó una mirada festiva, maliciosa y sensual. Una mirada única, que es imposible describir.

Una mirada que los laboratorios de la Robots Espaciales Inc. obtuvieron después de centenios de experimentación.

— ¡Pues haz algo! —dije, al recuperarme.

—No hay peligro, cielo —dijo, muy calma, Cleopatra—. Esa gente no intenta destruir esta nave. Simple^ mente la quiere capturar.

— ¿Cap...tu...rar...?

—Claro. Con el suctor magnético. ¿O no te has dado cuenta?

Cleopatra tiene el don de tranquilizarme. Un par de caricias en sitios estratégicos me devolvieron la calma.

—¿Te sientes mejor, cariñito?

—Mucho mejor, Cleo. Gracias.

—¿Quieres...? Cleo desvió la mirada hacia el dispositivo funcio-erótico, pero yo la atajé.

—No, no —dije—. Ya basta. Tengo que tener mis

facultades claras y en forma. ¿Qué diablos querrá esa gente? ¿Quiénes serán?

Yo no me lo quería confesar, pero sabía muy bien quiénes eran y qué querían.

Como respuesta a mis secretos y terribles pensamientos, una voz surgida del éter me habló:

—Doctor Idgris Sorell, le habla el capitán Unicornio. Desde este instante, usted y su bella compañera pueden considerarse mis huéspedes.

Yo miré alrededor. La voz parecía surgir de todas partes y de ninguna.

—¡Me niego! —dije—. A mí nadie me dice lo que debo hacer.

—¡Cariñito! —me recriminó Cleopatra—. Te estás comportando como un necio.

—Haga caso de la advertencia de su bella compañera, doctor —dijo la voz—. Le doy la opción de considerarse mi huésped o mi prisionero. Yo a los huéspedes los trato con amabilidad y corrección. Nadie podrá decir nunca que el capitán Unicornio no es un buen anfitrión. Pero a los prisioneros, y sobre todo a los espías, los ejecuto.

Se hizo un vibrante silencio.

Yo busqué consejo en los ojos de Cleopatra y moví hacia abajo la cabeza, afirmativamente. Sabía que no necesitaba hablar, que de alguna forma secreta y misteriosa el capitán Unicornio me estaba observando.

—Así me gusta, Sorell —dijo la voz—. Le ruego que ponga sus motores en punto muerto para que no resistan la onda magnética de mi suctor y que usted y su compañera se ajusten los cinturones de seguridad. A veces el impacto es algo violento.

—Haz lo que dice, ricura —dijo Cleopatra.

Maternalmente me depositó en mi asiento y me apretó el cinturón de seguridad. ¡Ah, esas manos...!

Luego, desconectó los motores, se sentó y se ajustó el cinturón en torno a su cuerpo.

—Cuando usted guste, capitán —dijo.

—Agradezco su colaboración, encantadora señorita.

Un minuto después, nuestra pequeña nave Delta golpeaba fuertemente contra el armazón de la poderosa nave de guerra del capitán Unicornio.

Un sector del armazón de la gigantesca nave se deslizó a un costado, unas pinzas de vinilo acerado surgieron del agujero e izando nuestra nave, la trasladaron al interior de la otra.

Yo me sentí un frágil molusco devorado por un gigantesco cangrejo.

Cleopatra sonreía.

—Tranquilízate, amorcito —me dijo—. Noto que tus palpitaciones aumentan y que se intensifican tus secreciones de adrenalina. No tienes por qué asustarte. Yo estoy aquí junto a ti y no dejaré que te suceda nada malo.

¡Ah, Cleopatra, numen erótico, laboratorio ambulante, mujer!

CAPITULO VII

Luego de recorrer un par de millas de relucientes pasillos cromados y de atravesar infinidad de salas en las que se afanaban rudimentarios robots de aspecto amorfo, Cleopatra y yo fuimos introducidos en el salón de mando de la nave.

Los dos guardianes armados que nos vigilaban hicieron un saludo y se alejaron.

Un hombre de tamaño colosal estaba de espaldas a nosotros frente al gran tablero de mando de la nave, dando órdenes a los distintos encargados de la dirección de aquel gran monstruo estelar.

El hombre, vestido correctamente con vinilo esmaltado (una prenda de corte algo anticuado) y con una gran capa en la que destacaba un relieve en oro de un testuz equino rematado por un cuerno, se volvió hacia nosotros.

El cuerno del relieve se reproducía en lo alto de la cabeza del hombre. Un cuerno de oro puro y refulgente, que mediría unas seis pulgadas de largo.

¡Así que éste era el temido capitán Unicornio!, pensé. Con cierta aprensión, le observé los ojos. No había nada mortífero en ellos. Eran unos ojos duros, de militar, que resbalaron por mi rostro sin revelar interés alguno (quizá, en el fondo, algo de desprecio) y que recorrieron, apreciativos, la escultural figura de Cleopatra.

A ver si ahora nos resultaba que el capitán Unicornio era un vulgar viejo verde...

—Doctor Sorell, señorita... —el cuerno se inclinó en una mínima reverencia—. En nombre del capitán Unicornio les

doy la bien venida. Soy el comandante Tétrix.

—¿Puedo saber —pregunté— adonde nos dirigimos?

Tétrix me respondió luego de una corta vacilación.

—Pues... sí. ¿Por qué no? vamos rumbo a Melpómene. Llegaremos en un par de horas.

Sus ojos se apartaban con esfuerzo de las tentadoras turgencias del cuerpo de vitro-vinilo de Cleopatra.

—Mientras tanto —dijo Tétrix—, están ustedes en libertad para hacer lo que deseen.

—¿Fugarnos? —pregunté.

Tétrix sonrió cansado.

—Pueden ustedes leer —dijo—. Llevamos a bordo una amplia y surtida biblioteca. Pueden comer si lo desean. Tenemos una carta variadísima. Pueden beber lo que les plazca. Hemos recibido hace poco un cargamento de Malta de Dagornix. Pueden...

El comandante Tétrix volvió a vacilar.

Miraba con ardiente pasión los sinuosos atractivos de Cleopatra.

—Pueden, si lo desean —su voz se hizo más áspera, más bronca, como si repentinamente se cargara de veneno —, utilizar nuestro dispositivo funcio-erótico. Tenemos el modelo más adelantado, el último grito de la moda. Atmósferas graduables, mono-extensil, vibrador incorporado, mandos bi-direccionales.

Mientras hablaba, Tétrix se pasaba la lengua golosa por los labios, apretaba los puños haciendo resaltar las venas y entornaba los febriles ojos de mirada turbia.

Yo y Cleopatra nos observamos. Ella me cogió la mano.

—Comandante, cielo —preguntó— ¿puedo hablar a solas un instante con mi doctorcito?

Tétrix afirmó, mordiéndose el labio inferior, y nos indicó una abertura en una de las paredes.

Pasamos los dos al otro lado.

—Cielo —dijo Cleopatra—, He tenido una idea. ¿No crees que si ese bruto...? Bueno... ya entiendes... Creo que si yo lo dejara conducirme al dispositivo fundo-erótico las cosas

irían mucho mejor.

—¿Tú crees?

No me gustaba la idea. No es que tenga yo viejos prejuicios machistas, pero Cleopatra es mía, me pertenece, forma parte de mi panoplia personal.

—He visto cómo me miraba —dijo ella.

—Yo también. Y no me ha gustado.

—Ni a mí, cielo —Cleopatra me acarició—. Pero tú sabes muy bien las cosas que yo puedo hacer. Lo convertiría en un corderito. Tendríamos un aliado, cariñito. Es por tu bien. Me sacrifico pensando en ti.

—De acuerdo —dije de mal talante—. De acuerdo. Tú ganas.

—Lo hago por ti —repitió ella—. De veras.

—Está bien. Está bien.

Yo me daba cuenta de que me estaba comportando como un chiquillo, pero no podía remediarlo.

—Por favor, cariñito —dijo Cleopatra—. No te pongas necio. Y ahora libérame, ¿quieres?

—¿Qué?

—La ligazón magneto-genital —dijo Cleopatra—. Si no me liberas previamente de la ligazón, no podré hacerlo.

—¡Oh, sí, por supuesto! —dije yo.

Me había olvidado de la ligazón magnética (sabia invención del departamento técnico de Robots Espaciales ínc.) que impedía que Cleopatra, o cualquier otra de sus hermanas gemelas, pudiera engañar impunemente a su poseedor.

Dicha ligazón sólo podía romperse (por el Departamento Sexual del Registro de Catastros) cuando el Agrimensor moría. O por el propio agrimensor, para el caso (era la teoría) de que algún compañero suyo hubiera perdido su Cleopatra y necesitara de los servicios de la de un colega.

Tembloroso, confundido, realicé las manipulaciones necesarias en el corazón magnético de la bellísima androide.

Ella sonrió y me besó en la boca, castamente.

—Tranquilízate, cariñito, relájate —me dijo—. Ya verás

como todo irá bien.

—Sí, sí, de acuerdo —dije.

Regresamos al salón de mando.

Cleopatra, con su andar más cautivador, se dirigió hacia donde estaba el comandante Tétrix. Vi la sonrisa carnívora del hombre cuando ella se le acercó.

Los vi a los dos dirigirse hacia la puerta del dispositivo funcio-erótico. Vi, antes que la puerta se cerrara tras ella, la sonrisa lasciva de Cleopatra.

Estoy seguro que a la maldita traidora de vitro-vinilo la perspectiva la entusiasmaba.

¡No se puede confiar en las mujeres! Ni siquiera en las androides con corazón de metal.

CAPITULO VIII

¡Melpómene!

La gran nave de guerra gimió al penetrar la densa atmósfera cianhídrica.

Yo estaba en la sala de mandos y, a través del gran mirador transparente, observé la atmósfera.

Era sin duda cianuro, yo tenía la suficiente experiencia para reconocerlo.

Imaginé que nos darían a todos un traje aislante adecuado para poder adentrarnos en aquella atmósfera letal, pero nada de ello ocurrió.

Cleopatra y yo fuimos conducidos, muy amablemente, al tren de eyección y, sentados los dos solos en una de las cápsulas, fuimos expelidos de la gigantesca nave.

Yo había esperado encontrar en el exterior la densa atmósfera amarillo-verdosa de los anhídridos de cianuro y, sin embargo, fue un límpido aire sin atisbo de brumas el que nos recibió.

El cielo, en lo alto, era de un color amarillo fuerte, como si el planeta estuviera envuelto en una densa nube.

Tan densa, que no dejaba penetrar la escasa luz del pequeño sol rojo en torno al cual giraba el planeta.

Sé, como cualquier Agrimensor, que existen engañosas atmósferas cianhídricas que parecen tan diáfanas y transparentes como una límpida atmósfera de nitrógeno y oxígeno.

¿Sería aquél uno de esos casos?

La cápsula en que Cleopatra y yo nos encontrábamos estaba, por supuesto, herméticamente cerrada. Pero el

oxígeno que habría en el interior de aquel reducidísimo espacio no alcanzaría siquiera para alimentarme más de diez minutos. (Y eso gracias a que Cleopatra, androide, no necesitaba del oxígeno para sobrevivir.)

Horrorizado, vi que otras varias cápsulas iguales a la nuestra también se habían depositado en tierra, que las personas que se encontraban en las mismas abrían tranquilamente la cúpula de las cápsulas y salían al exterior.

¡A una atmósfera de cianuro, y sin protección alguna!

Mi aterrado estupor cedió lugar a un terror aún más profundo.

Al fin y al cabo, ¿qué se sabía de la vida derivada de los hidratos del ciclo del cianuro?

Eran muy escasas las investigaciones que había llevado a cabo hasta la fecha el Registro de Catastros.

Siendo, como son, los planetas cianhídricos letales para la vida tal cual nosotros la conocemos, las investigaciones habían tenido hasta entonces sólo una vaga apoyatura teórica, sin que existiera en ellas ninguna utilidad práctica inmediata.

Y ya se sabe que el *homo spacialis* no pone interés donde no encuentra provecho.

¿Acaso esos seres que tan caballerosos se habían mostrado en la nave eran criaturas cianhídricas?

¿Acaso el comandante Tétrix, que había dejado a mi Cleopatra tan enfebrecida y arrebolada era una odiosa criatura del cianuro?

¿Acaso sus moléculas no se regían por las cadenas pépticas de las proteínas carbohidratadas sino por repugnantes anillos asimétricos de los conos invertidos del cianuro?

¿Era por eso, tal vez, que mi maravillosa androide había sucumbido a sus encantos?

Porque era evidente que Cleopatra, para mi estupor, se había enamorado de aquella bestia cornuda, de aquel engendro, de aquel ser de las mismas cónicas y anilladas de la vida cianhídrica.

¿Era el cianuro capaz de doblegar, el corazón de tornillos y placas de tungsteno de una androide?

¿Eran los seres del cianuro superiores a nosotros, las criaturas del carbono?

¿Podían ellos respirar sin afectarse nuestro cocktail de oxígeno y nitrógeno?

Porque era evidente que en la nave yo había respirado, y lo que había respirado era oxígeno, el de siempre, limpio, inodoro, incoloro, insípido y aséptico.

¿Estaría la humanidad a punto de sucumbir ante la aparición de una criatura superior?

¿Se habría terminado la era gloriosa del carbono?

¿Se adornarían dé ahora en adelante las hembras de la clase dominante con pestilentes colgajos de blanda silicona cianhídrica y no con los pulcros y perfectos diamantes del carbono?

¿Moriría yo en cuestión de minutos, de segundos, ya?

El comandante Tétrix, con una gran sonrisa, se encaminó a nuestra cápsula y tiró de la manivela que abría la compuerta superior.

Cleopatra, mi androide personal (mi ex androide, debería decir) observaba extasiada a su galante enamorado, a su amante, a su flamante concubino.

En cualquier otra circunstancia, yo me hubiera violentado. Las excrecencias calcáreas que la dulce Cleopatra había asentado astutamente en mis parietales me hubieran llevado a un paroxismo de violencia, a un arrebato de cólera homicida, a una volcánica efusión de odio y deseos de venganza.

Pero, en aquellos instantes, yo no podía ponerme a pensar en semejantes nimiedades.

¡Era mi vida lo que estaba en juego!

Cuando el comandante Tétrix tiró de la manivela, yo, grité:

—No la abra. ¡Por el amor de Dios no toque usted esa palanca! No... ¡Asesino!

Con expresión de perplejidad divertida, el comandante

Tétrix desdeñó mis súplicas, abrió la compuerta superior y yo sentí que un negro manto me cubría.

«La muerte», pensé.

CAPITULO IX

¿Ha muerto el héroe? ¿Se acaba la película?

Tch, tch, tch.

No es tan fácil deshacerse de mí. ¿O sí?

Lo cierto es que al despertar, al abrir los ojos, creí encontrarme en el Paraíso.

Lo mismo hubiera pensado cualquiera de vosotros, sacrílegos, necios ateos, de haber visto la cara que yo vi a mi lado, de haber respirado el perfume que yo respiré, de haber sentido el calor de aquellos dulces ojos de alondra de las nieves de Kuljut (constelación del Linántropo) que me miraban.

—¿Quién eres? —pregunté—. ¿Qué eres? ¿Cuál es tu nombre, bello ángel asexuado de la Celeste Corte de Nuestro Señor, Hacedor del Átomo y la Galaxia?

Yo estaba en un delirio, me sentía flotar (y sabréis, no os riáis, no soy tan cursi, tan romántico ni tan necio. Digo que sabréis que de hecho flotaría).

—¿Te llamas Gabriel acaso? ¿Azrahel? ¿Luzbel? ¿Luzmel? ¿Gazhel? ¿Ebenezer? ¡No! No, por Dios, virgen sin sexo, ser diamantino, dime tu dulce nombre de mujer, pronuncia en mis oídos tu feraz nomenclatura femenina.

(Ya sé, ya sé, eruditos, que mis palabras son un plagio del famoso Soneto «A la Beldad del Ángel Neutro» del arcturiano Barlaam Estagirira, ¿y qué?: ¿acaso un enamorado no puede citar, en el éxtasis, a sus poetas?)

Yo, yo^ flotaba.

No, no era en mi delirio que flotaba, no era mi imaginación que me había puesto en una nube (una de

aquellas atroces nubes amarillo purulento que recubrían por entero el planeta), no era mi fantasía que me hacía volar en el viento del amor. Yo flotaba.

Y si digo flotaba, es porque flotaba de verdad. Flo-ta-ba. ¿Entendéis?

No había nada debajo de mi estragado cuerpo. No había ningún colchón de flexovinilo, ningún soporte de vibrovinilo, ningún piso o suelo de tierra o baldosa o amianto diamantino o látex o durivinilo. ¡Nada!

¡No había nada!

Yo estaba en el aire, flotando exactamente a noventa centímetros del suelo con aquella diosa, aquella carnal mariposa, aquella sensación palpable, aquel éxtasis de piel y sangre sonriente a mi lado.

—¿Quién eres? —pregunté—. ¿A qué has venido? Llévame donde sea mientras pueda estar contigo.

Ella... ¿Me permitís las mayúsculas? ELLA movió su cuello de gacela y sonrió con dulce recato.

—¡Mira que los hombres dicen tonterías!, ¿ah? —pronunció.

Os he hablado de la voz de Cleopatra, ¿cierto? ¿Os he elogiado su cadencia, su timbre, sus vibraciones, sus ritmos internos y externos? ¿Lo he hecho? Pues multiplicad por sesenta y dos al cubo los elogios y obtendréis una pálida idea de los atributos de la voz de mi nereida.

(Sí, ya sé, soy un obseso de la voz femenina. Les ocurre a muchos Agrimensores del Espacio, que sufren años de vagar el negro vacio interestelar en un total silencio. Es el síndrome del viajante de las estrellas: la erotomanía sónica. Para nosotros —y no para otros— se han inventado los discos con agujero de tres centímetros de diámetro. ¡Y esas voces!)

Pero, bueno, mis delirios no son nada al lado de la voz de aquella criatura.

—¿Te sientes bien? —me preguntó.

—¿Dónde estoy? —dije.

—Yo soy Eula Varner —dijo la voz, su voz, su boca, su

cara, los hoyuelos a ambos lados de la boca, los ojos, el cuello, la vena pálida que le culebreaba el cuello hasta un lunar perfecto en la perfecta singladura entre los senos—. Estás en mi casa.

—¿Estoy vivo?

—¿Tú qué opinas?

Eula cogió una de mis manos y la depositó en su piel y la hizo recorrer milímetro a milímetro el secreto camino marcado, como por un mojón, por aquel lunar.

Yo sentí en mi cuerpo, en mi sangre, en mis glándulas las pertinentes reacciones. ¿Un muerto hubiera podido sentirlas?

¡Niet!

¡Yo estaba vivo!

Eula se inclinó hacia raí, me besó en la boca y, luego, se liberó de la película de energía neutra que la cubría como si fuera un guante.

Se echó junto a mí en nuestro colchón de aire y me golpeó con un dedo la nariz.

Yo la abracé y la cubrí con mi cuerpo.

—Oye, cariño —me dijo.

—¿Qué?

—¿No te olvidas de algo?

Yo asentí y me. quité los pantalones.

CAPITULO X

«Satanás murió en Melpómene.»

Esas palabras estaban inscritas bajo la estatua de acrilo-vinilo que se encontraba delante de la puerta del | dormitorio de Eula.

Yo no sé quién es, era, fue o será ese Satanás, pero la frase me gustó.

Fue después de leerla cuando escuché a la bella Eula. La escuché mientras andábamos los dos por los vastos salones y los íntimos jardines floridos de la: mansión.

La escuché mientras los dos caminábamos, cogidos! de la mano, por los jardines.

La escuché también fuera de la mansión, paseando los dos por las calles de Urbicia, la capital de Melpómene, o su ombligo, como le decían los habitantes de la bella y extraña ciudad.

Imaginaos.

Una ciudad sombría, a la que nunca llegaba siquiera un solo y perdido rayo del sol rojizo y enfermo en torno al cual orbitaba el planeta.

Una ciudad permanentemente alumbrada por faroles de gas mercurio.

Una ciudad de sombras difusas, de vagos contornos, de torpes y remotas siluetas.

Una ciudad que, por efecto de los faroles y del sol inexistente, carecía de distancias, de profundidades, de dimensiones.

Una ciudad donde lo lejos parecía cerca (y a veces lo estaba) y donde lo cerca se veía lejos (y a menudo no se veía

siquiera).

Por esa ciudad, saciados de carne festiva, anduvimos Eula ,Varner, *née* Granier (de la colonia francesa de El Cabo de Grundt, constelación Grundt, Espiral menor), y yo.

En sus esquinas nos besamos, con amor ya. Con amor sí, ahora que el deseo se había colmado.

Por sus callejas sombrías, de sombras irreverentes, caminamos los dos cogidos de la mano.

Y ella habló.

Y yo la escuché.

* * *

Melpómene era el Cuartel General del capitán Unicornio. Desde allí, y desde hacía más de medio milenio, el feroz jefe de los piratas de la Gran Radiante Victoria daba sus órdenes de exterminio, de venganza, de conquista, de acción o reacción.

En Melpómene hallaban refugio todos aquellos perseguidos por los gobiernos de la zona, ya fuera por las democracias republicanas, por las festivas carnestolendas, por las monarquías hereditarias, por las autarquías testimoniales o por los regímenes de sacerdotes y leguleyos.

Por eso Melpómene se escondía, se disfrazaba, se vestía de lo que no era.

Porque la atmósfera de cianuro (ya es hora de que todos lo sepáis, infames) era un disfraz, una máscara, un engaño, un espantapájaros.

Melpómene siempre tuvo una sana y límpida atmósfera de oxígeno nitrogenado, fue siempre un planeta hospitalario, en el que nadie podría nunca pasar hambre.

—Ah —me dijo Eula— si hubieras visto nuestras fuentes, nuestros árboles, nuestro ganado vacuno. Esto era el paraíso, era la región de la abundancia. Nada nos faltaba.

—¿Y lo habéis perdido?

—Tuvimos que sacrificarlo.

—¿Por qué?

—Por nosotros —dijo sin maldad—, para escondernos del enemigo. Fue por ese motivo que el capitán decidió envolver el planeta con una atmósfera de cianuro.

Eula lagrimeó sobre mi hombro varonil.

—Perdimos nuestros límpidos arroyos, nuestros claros manantiales, nuestras soleadas playas, nuestros vergeles, nuestros rebaños de mosca sibertiana y de mucus georóntico.

—¡Qué pena!

—Hace trescientos veintitrés años de aquello.

—¿Y tú... lo recuerdas?

Yo temblé.

—Claro.

Volví a temblar? ¿Quién demonios era aquella mujer, si es que era una mujer. ¿Cómo podía recordar cosas que habían ocurrido trescientos años que ella naciera? Porque nadie podría decir, observándola, que ella tenía más que veintitrés años.

Nadie lo hubiera dicho jamás, con aquellos ojos, con aquel cutis, con aquel grácil andar, con aquella inocente mirada, con aquella pasión que poco antes me había envuelto y sometido en el aire (a noventa centímetros de altura) de su dormitorio.

Y sin embargo...

¿Lina bruja?

La miré espantado y creo que ella percibió mi mirada.

—No es que yo viviera entonces —dijo—, pero aquí en Melpómene todo lo conservamos en películas de tempovinilo, ¿sabes?

Yo no sabía qué era el tempovinilo.

—¿Qué es el tempovinilo? —pregunté.

—¿No lo sabes?

—No.

—Es...

Eula vaciló.

—Es... Veamos... Me cuesta explicártelo... Es la vida, ¿sabes?, pero metida en latas... en cajas, en estuches... ¿Lo entiendes?

—No.

Eula sonrió.

—Lo entenderás.

Extrajo del terso sendero entre los senos un recipiente oblongo. En la luz mortecina de los faroles de mercurio gasificado, el recipiente brilló con destellos como de oro viejo.

—Ya verás —dijo Eula.

Íbamos por una calleja estrecha, de vinilo desparejo.

Eula se aproximó a una pared e introdujo el oblongo recipiente en una ranura practicada en la pared.

Un instante después la calle se esfumó y los dos nos hallábamos en un prado.

—¿Lo ves? —Eula sonrió—. Hemos viajado trescientos años en el pasado.

Yo iba a apoyarme en un árbol y ella me detuvo.

—No toques nada. No mires siquiera las cosas con demasiada intensidad. Corren el peligro de borrarse y esfumarse para siempre. Los ojos humanos desgastan el paisaje.

Seguimos andando. Yo estaba un poco mareado. El aire era limpísimo, quizá demasiado limpio, y el pequeño sol rojo brillaba con la incandescencia de un remoto faro ígneo.

—Nosotros tenemos algo parecido —dije.

—Lo sé —dijo ella—.. Pero lo usáis mal. Contamináis el pasado al tocarlo. Intervenís en el pasado. Eso no se debe hacer. El pasado es sacrosanto e inmutable.

—¿Inmutable? —yo reí—. ¿Pero qué dices? Mi padre mató a mi madre antes de conocerla. Es decir que volvió, después de haberme engendrado, y la mató.

—En ese caso —me dijo ella— tú eres un fantasma.

Se acercó a mí con los brazos abiertos y yo abrí también los brazos para envolverla en ellos. Pero no pude hacerlo, no pude asirla, mi carne atravesaba su carne como si fuera humo.

Aterrado, miré mis brazos y los vi transparentes.

—Un... fan...tas...ma —balbucí.

Y perdí el sentido.

CAPITULO XI

Volví a despertar en el dormitorio de mi bella Eula, ingrávido, a noventa centímetros por encima del suelo, flotando en el aire.

Yo, un fantasma. Yo, nada.

¿Habría sido un sueño? ¿Fue un sueño? No lo sé, ya nunca lo sabré, no quiero saberlo.

Eula, piadosa, no volvió a hablarme de aquello.

Estaba sentada a mi lado, atenta a mis movimientos.

Apenas abrí los ojos puso una tibia mano sobre mi frente.

—Ya no tienes fiebre —dijo.

Yo me extasié en sus bellos ojos, en el maravilloso contorno oval de su rostro, en sus nítidas, pequeñas y perfectas facciones de hada buena y sensual.

Atento como estaba a Eula, perdido en la contemplación de Eula, absorto en Eula, tardé unos instantes en descubrir que no estábamos solos en la habitación.

Cleopatra y el comandante Tétrix se hallaban a pocos metros, cogidos de la mano, con todo el aspecto de dos tímidos colegiales que han adoptado el propósito, superior a sus magras voluntades, de decir a sus mayores que son novios y que se aman y que ningún poder humano o divino de la Galaxia conseguirá separarlos.

Vi en la tersa superficie vinílica de la cara de Cleopatra su férrea decisión.

—Puedo... —preguntó, con la voz atragantada—, ¿podemos hablarte, cielo?

—Por supuesto.

Me incorporé en el lecho, es decir, en el aire que me sostenía.

Eula, discretamente, se retiró.

El comandante Tétrix, a pesar de sus dos metros y medio de altura y del reluciente cuerno de oro en la frente, a pesar de sus brutales bigotes y de sus ojos rasgados que lo delataban descendiente de las legendarias hordas doradas de Timur-Lenk, a pesar de sus enormes manos nudosas de leñador del espacio, se encontraba nervioso y avergonzado como un adolescente inexperto.

Cleopatra llevó la voz cantante, con la astucia de la enamorada, con la sangre fría de la mujer pasional decidida a no perder su hombre, con la minuciosa perseverancia de la perfecta androide.

—Amo a Tétrix, cielo —me dijo.

—Me alegro.

Yo ya no sentía nada por Cleopatra, ni siquiera un vestigio de deseo. Ahora Eula lo era todo para mí, espíritu y materia, pero de todas formas no pude dejar de percibir en mi ánimo el acerado estilete del orgullo herido. ¡La maldita yegua vinílica nunca había sentido una pasión de esa naturaleza por mí, Idgris Sorel!, su propietario, su amo y señor!

—Te pido —dijo Cleopatra—, te ruego, te imploro que me liberes para siempre de la ligazón que me une a ti. Por favor, por favor. Seré para siempre tu esclava.

—No olvides —dije— que ya lo eres.

—Contra mi voluntad —dijo Cleopatra—. Si me liberas, te estaré eternamente agradecida... te querré como a un hermano.

—Bueno —sonreí—. Lo que faltaba. Gracias, chávala, pero no me interesa tu amor filial.

—¿Te niegas a hacer lo que te pido?

—No he dicho que me negara —repliqué—. Sólo quería hacerte sufrir un poco.

—¡Hombres!

Cleopatra sonrió agradecida. Yo arrimé la cara a la suya y susurré.

—Aunque lo cierto es, encanto, que no alcanzo a entender qué le has visto a ese energúmeno —dije—. Es grandote, y tiene poderosos brazos. Pero no le veo ningún atributo capaz de hacerle perder el seso a una androide tan espectacular, tan perfecta y tan evolucionada como tú. ¿Cómo es posible que tu cerebro de tungsteno y vinilo con setecientos mil millones de neuxos atómico-neurónicos haya sucumbido ante los paleolíticos encantos de ese pitecántropo? ¿Qué tiene el comandante Tétrix que yo no tenga, querida?

Cleopatra, mientras yo manipulaba detrás de su oreja izquierda los contactos de la ligazón-magnética, susurró contra mi rostro:

—El cuerno.

Se levantó, me besó en la frente, cogió de la mano a su cornudo semental gigante y se marchó. Yo los miré alejarse estupefacto, boquiabierto.

¡Menuda sorpresa! Nunca termina uno de conocer a las mujeres, aunque estén hechas de fibras de vinilo, aunque tengan de cuarzo y cromo el corazón y de tungsteno magnetizado el cerebro.

Yo meditaba aún sobre estas circunstancias, cuando la puerta se abrió sigilosamente y una mujer vestida de gala me indicó:

—Doctor Sorell —tenía la voz meliflua de los androides eunucos—, el capitán Unicornio le ruega que acepte su invitación para tomar el té.

—Invitación aceptada —dije.

Tenía hambre. Y curiosidad. ¿Qué diablos querría de mí el capitán Unicornio? Porque algo, sin duda, querría. De no ser así no se hubiera tomado la molestia de conducirme con vida a su cuartel general.

—¿Me acompaña entonces? —dijo el ujier.

—¿Ahora? Me gustaría poder bañarme, afeitarme y vestirme adecuadamente antes de presentarme ante el capitán.

—Admirable disposición de ánimo, señor —dijo el ujier

—. Ojalá todo el mundo tuviera su exquisita educación.

El ujier sonrió y se encaminó, reculando reverencial, hasta la puerta.

—Lo pasaré a buscar en... digamos... ¿diez minutos?

—Que sean quince —dije—. Tengo la barba apretada y dura.

—Quince entonces, señor.

Me bañé, me perfumé, me afeité, elegí para vestirme un traje ceñido de energía neutra color arco iris que encontré entre otras varias vestimentas similares en un abundantísimo guardarropas unisex.

Poco después, fresco y limpio, bien dormido, con hambre e intrigado, penetraba, precedido por el amable ujier, en el sacrosanto reducto del capitán Unicornio, en el corazón mismo del misterio.

Era una habitación de techo tan alto que era posible confundirlo con el cielo, el bajo, pesado y amarillo cielo nuboso y cianhídrico de Melpómene.

Un techo abovedado, del que emanaba una luz tan uniforme que hacía que las sombras, en aquel vasto aposento, no existieran.

No había una sola ventana en las paredes (una sola pared circular), no había adornos, no había muebles visibles.

Sin embargo, a cierta distancia de donde yo estaba, el servicio de té se sostenía ingrávido en el aire. Contra una pared, también sin apoyatura visible, se alineaban algunas botellas, copas y vasos.

Una cortina color carmesí, adornada con bordados de oro en bajorrelieve de la cabeza equina con cuerno, ocultaba frente a mí un sector de la pared.

La cortina se movió. ¿El capitán? ¿Sería él?

¿Haría acto de presencia? ¡Se mostraría? ¿Sería este frío salón mi tumba?

Pero no fue el capitán quien surgió entre los pliegues cornudos de la cortina.

Yo al principio no pude creer lo que veía. Era Crotalis. Si, Sulfien Crotalis, mi antiguo jefe, que se acercaba sonriente

hacia mí.

Crotalis tendió ambos brazos con emocionada efusión. Estaba tan emocionado que el rostro se le había contraído. Parecía cualquier cosa menos un culto, digno y civilizado patricio arcturiano.

—Gracias, Sorell... ¡Le debo a usted la vida!

—¿A mí?

Atónito me dejé abrazar y besuquear hasta que la náusea que me producía el penetrante perfume del jazmín de Arcturus me obligó a apartarme bruscamente.

Crotalis seguía gimiendo agradecimientos.

—Me ha salvado usted la vida, sí. Y pensar que yo lo injurié, me burlé. Pensar que pasé una noche entera maldiciéndolo en los tenebrosos calabozos de la Gestapo de Tricornis.

Crotalis se desmoronó en un invisible asiento.

—Haré por usted lo que sea, Sorell. Lo que me pida. Mi vida, mi honor, mi voluntad y mi talento le pertenecen.

—Basta ya, Crotalis. ¿No recuerda que nos tuteábamos?

—Sí. Y que yo me quejé. Le pido perdón, Sorell, mil veces perdón.

Yo no entendía nada. Tanteé cauteloso en el aíre hasta encontrar lo que parecía materia sólida y me senté.

—¿Dice usted que yo le salvé la vida?

—¡Por supuesto!

Crotalis, ahora, estaba tan perplejo como yo.

—¿No me dirá que...?

—No, no, Crotalis. Je, je. Es que me gusta bromear, usted ya lo sabe.

—Sí, lo sé. Es usted un gran bromista, Sorel!. El mejor bromista que he conocido. Recuerdo ahora sus bromas y me rio solo, ya ve. Ji, ji, ji, ji, ji. Es usted sublime, Sorell. ¿O debería llamarlo capitán?

—¿Capitán?

—Je, je. Más bromas, ¿eh? Es usted impagable, Sorell... Capitán... Es usted sublime, ya le digo, sublime. A su lado, los

mejores vates de Arcturus son nada, son toscos payasos. No hay en el universo nadie que lo iguale a usted en ingenio, capitán.

—Bueno, sí. Sí, claro que sí.

Yo me esforcé por mantener una digna apariencia acorde a la nueva situación y a mi nuevo rango. Yo, el capitán Idgris Sorell. Bien, bien.

—¿Té, Crotalis?

—Gra....gracias, capitán...

Cogimos sendas tazas y bebimos en silencio.

Crotalis me observaba por el rabillo del ojo, entre la ansiedad y el temor.

—Veo que quiere usted hacerme alguna pregunta, Crotalis.

—Usted lo sabe todo, capitán. Seguramente ya sabe la pregunta que quiero hacerle. No hay secreto que se le pueda ocultar a usted. La sabe, ¿verdad?

—Bueno, si, por supuesto. No hay nada que yo no sepa, claro.

—Nada en el Universo, capitán. Bien lo sé. Bien lo sé. Usted comprendió que yo era un hombre de bien, que podía serle útil en su magna empresa. Lo comprendió a pesar de todo lo que yo dije... Soy su esclavo, capitán. Haré por usted lo que sea. Lo que sea.

¿Otro esclavo? Si las cosas seguían así, en unos pocos días me convertiría en propietario de una legión de esclavos.

—¿Qué, capitán? ¿Se digna responderme?

—¿A qué?

—A mi pregunta, capitán. Ya sabe usted cuál...

—Sí, sí, lo sé. Por supuesto que lo sé. Pero me gustaría que me la dijera de viva voz. Es una costumbre que tengo, ¿sabe usted?

—Claro, claro. Sana y noble costumbre, capitán. Su sabiduría sobrepasa los límites de lo imaginable.

—Suelte, Crotalis.

—¿Es verdad... eh... qué piensa usted atacar al reino de Pequeño Mong, capitán? ¿Que tiene intenciones de

declararle la guerra a la tiranía?

—¿Eh?

¿Qué responder? ¿No sería todo esto una trampa? Yo temía que lo fuera, yo veía ahora que era sólo una burda trampa. ¿De quién? ¿De los servicios de espionaje de Tricornis? ¿Dónde estaba yo en verdad?

La aparición de Eula me liberó de la pesada responsabilidad de responder.

—Capitán —dijo Eula—. ¿Me permite hablar a solas con usted?

Se acercaba cimbreante, bellísima, bajo la luz uniforme que transparentaba la feracidad marfileña de su cuerpo a través de la cobertura de energía neutra.

—¿Podría responderme, capitán? —preguntó Crotalis.

—No sea usted impertinente, arcturiano —dijo Eula—. Los designios del capitán Unicornio son inescrutables. El se los trasmitirá si así le parece.

¿El capitán Unicornio? ¿De qué hablaba esa mujer? Y se refería a mí, de eso no había duda.

Si no hubiera tenido un invisible soporte a mi espalda, yo hubiera caído redondo al suelo. En una nube de delirio vi a Crotalis marcharse, caminando de espalda y multiplicando reverencias. Unos segundos después la franca risa cristalina de Eula Varner me devolvió los sentidos.

—¿Sorprendido, capitán?

—¿Qué broma es ésta?

Yo estaba molesto, airado, furioso.

—No es ninguna broma, capitán —dijo Eula—, No, no. Nunca ha habido nada más serio que esto.

—¿Cómo? No lo entiendo.

—No necesitas entenderlo, mi señor —dijo Eula.

Se arrodilló en el suelo, sumisa, a mis pies, y me besó las manos.

—Sólo tienes que cerrar los ojos y utilizar tu poderoso cerebro, capitán. Cierra los ojos y piensa, capitán. Recuerda.

Yo cerré los ojos y cuando los abrí, un par de segundos después, ya era otro. Ya era, y para siempre, el capitán

Unicornio.

Me incorporé.

—Haz venir a Crotalis, preciosa —dije—. Y llama también a Tétrix y a los demás comandantes. Hay que tomar importantes decisiones.

Yo lo sabía todo, lo veía todo perfecta y nítidamente. Me dirigí con paso seguro a un sitio exacto de la pared, presioné con la mano y un sector de la pared se abrió a un lado.

En el interior de la pared, colgaban una túnica de oro y una corona de oro rematada por un poderoso cuerno, de oro también, de veinticinco centímetros de largo.

Me puse la túnica y la corona y, de pie, con los brazos cruzados, esperé la llegada de mi Estado Mayor.

Un designio había tomado forma cabal y precisa en mi mente. Atacaríamos sin pérdida de tiempo al reino del Pequeño Mong y lo derrotaríamos. Luego, una tras otra, las demás tiranías burocráticas y oligárquicas de la zona, irían cayendo en mi poder.

Después de más de quinientos años, cinco siglos, medio milenio, había llegado la hora.

CAPITULO XII

Sí, ínfimo lector, hombrecitos y mujercitas.. Yo, el que fue Idgris Sorell, Agrónomo titulado, soy el capitán Unicornio, martillo de déspotas, terror de prevaricadores, azote de tiranos, esperanza regeneradora de la Humanidad.

¿Por qué lo soy? ¿Cómo lo soy? ¿Cómo supe que lo era? Lo sabréis.

El capitán Unicornio nunca existió hasta que yo aparecí. O, mejor dicho, existió en magma, en noción, en ideas, en gestación, en feto, en atribución, en porvenir.

Antes de adquirir, en mi cuerpo y mi cerebro, su definitiva apariencia humana y sus definitivas dotes de *homo spacialis,* el capitán Unicornio fue, sucesivamente, una leyenda esperanzadora, una posibilidad remota, el resultado cada vez más perfeccionado de los afanes de varias generaciones sucesivas de hombres de genio que dedicaron la vida a un objetivo desmesurado y casi imposible. Crear de la nada un hombre, pero no un hombre vulgar de laboratorio sino un hombre desmesurado como aquella misma empresa. Un sabio, un general invencible, un estadista insuperable, un genio de la guerra, un hacedor de la paz, un libertador, un semidiós.

* * *

El germen de esta aventura descomunal fue un vulgar jefecillo de piratas, un descendiente de aquellos ya extintos fanáticos imperialistas, un aventurero estelar, un forajido.

Ese hombrecillo, del que sólo queda la leyenda, se

adornaba la cabeza con un cuerno y se hacía llamar Capitán (o Comandante, las versiones varían) del Unicornio.

Era astuto sin duda, y para poder efectuar sus pillerías con la mayor libertad, decidió ganarse el apoyo de los pueblos oprimidos por los tiránicos gobiernos de la Gran Radiante Victoria.

Para ello, repartía entre los desheredados una parte sustancial de lo obtenido en sus rapiñas, siguiendo el ejemplo, legendario también, de bandidos de la era preespacial como uno llamado Robin Hood (o Curro Jiménez, o Simón Bolívar, pues también en este caso, y con mayor razón todavía, las difieren y se enmarañan en la telaraña del tiempo).

El primitivo Capitán o Comandante Unicornio murió o lo mataron, no se sabe y no importa. Lo que sí importa es su leyenda, que pervivió.

Desamparados, sin contar siquiera con la interesada ayuda de aquel triste ladronzuelo al que habían divinizado, los parias del Gran Mong, del Pequeño Mong y de todas las otras tiranías de este confín de la galaxia preservaron la esperanza de que aquel hombre vivía, de que volvería y los liberaría definitivamente de sus opresores.

Así pasaron los siglos, sin que la leyenda menguara.

Los sanguinarios y temerarios piratas de los comienzos también se extinguieron, como se extingue tarde o temprano todo lo fuerte.

Sus sucesores fueron hombres más débiles, acomodaticios, que criaron tripa y aceptaron prebendas a cambio de traicionar a sus compinches y de volverse pacíficos hacendados o pudorosos ciudadanos o tibios politicastros.

Como todo lo blando y amorfo, esa estirpe resistió infinidad de avatares. La última dinastía del Pequeño Mong se origina en uno de aquellos piratas renegados.

En este estado de cosas, un grupo de científicos al mando de un hombre genial se autoexilió en el remoto planeta llamado Melpómene.

Una sola idea, una sola tarea los llevó hasta allí. La de unir sus conocimientos para formar de la nada al Capitán Unicornio, al verdadero, al legendario, a aquel semidiós generoso que el pueblo había creado en su miseria y su desesperanza.

Ardua tarea, más parecida al desvarío de un loco que a una consecuencia del raciocinio científico.

Y, sin embargo, aquellos hombres triunfaron. Sin tenerlo todavía en carne *y* hueso, en cerebro y alma, crearon al Capitán Unicornio.

Antes que yo apareciera, el Capitán Unicornio era una caja cúbica, de vinilo opaco, de treinta centímetros de arista y con un peso de veintisiete libras y medias.

En su interior, en minúsculos acumuladores de serovinilo, decenas de generaciones de sabios y científicos habían ido acumulando sus conocimientos, seleccionados, preciosos y perfectos. Estaban incluidas todas las ramas de la ciencia hasta en sus aspectos más recónditos, toda la cultura de la galaxia a lo largo de su ya inmemorial existencia, todos los avances de la ciencia militar, todas las especulaciones ideológicas, teológicas, políticas, filosóficas y morales e incluso vastísimos conocimientos deportivos y cinegéticos.

Eula Varner descendía en línea directa de aquel primer hombre de genio, aquel audaz utopista llamado Ephraim Varner que fue el verdadero gestor de la empresa.

Yo, en mi fuero interno, sé que es Epharim Varner a quien corresponde, legítimamente, el título de Capitán Unicornio.

Lo sé y lo acepto. Yo he sido nada más que . el último eslabón de aquella intrincada y compleja cadena.

Porque, ¿qué les faltaba a los secretos insurrectos de Melpómene para dar vida a su ya mítico Capitán, a aquel hombre que era ya leyenda antes de haber nacido?

Les faltaba, en primer lugar, un *homo-spacialis* joven, de sexo masculino, sano, sin taras heredadas psíquicas o físicas y que, además, tuviera una capacidad craneana lo suficientemente amplia como para admitir la recepción y la

concatenación de varios siglos de minuciosa sabiduría acumulada y clasificada.

Hubo, en el correr de los siglos, un par de intentonas fallidas. Los hombres seleccionados (un médico de Xantra —cuarto planeta del sistema de Stauiffen—, un lanzador de jabalina atómica de Korije —planeta del sol Adameude la abigarrada constelación de Euphorbus— y unos pocos más), que al parecer reunían en ellos todas las cualidades necesarias, murieron uno tras otro en el transcurso de la delicadísima operación quirúrgica y volitiva necesaria para trasplantar a su psiquis los conocimientos acumulados en el pequeño cubo de vinilo opaco.

¿A qué se debía este fallo? Pasaron siglos sin que se descubriera la causa.

¿Acaso el Capitán Unicornio estaba condenado a no nacer jamás?

Se intentó educar niños desde la más tierna infancia, con el propósito de convertir al más apto de todos ellos en el Capitán Unicornio, pero el resultado del experimento también fue negativo.

Uno de los numerosos partidarios que los sabios de Melpómene tenían en todo el mundo me descubrió a mí en la Tierra. Yo era hombre, joven, sano, con la suficiente capacidad craneana y con un coeficiente de inteligencia lo bastante elevado como para llamar su atención.

Aquel espía (llamémoslo así), inoculó en mí por medio de la sugestión hipnótica el deseo de presentarme a la vacante existente en el Registro de Catastro de Tricornis (el último Agrimensor Consultivo había sido probado con los mismos fines y había muerto durante la operación).

Aquel espía, que era una prostituta venusina (mi preferida, Marlene), envió a Melpómene un mensaje sobre la «presa» que había obtenido y, de esa forma, los sabios y su gente me mantuvieron desde el primer momento bajo estrecha (invisible) vigilancia.

No eran demasiado optimistas al principio, debo confesarlo. Ya anteriormente habían secuestrado a Crotalis

para probarlo y lo habían desechado. Y sin embargo la capacidad craneana de Crotalis no era inferior a la mía y su coeficiente intelectual (me humilla reconocerlo) era algo superior al que yo poseía.

Sin embargo, yo resistí a la prueba, sobreviví al trasplante de conocimientos y me he convertido en el Capitán Unicornio.

¿Por qué?

El mérito es de Eula. Ella descubrió, gracias a los informes de sus espías, que yo carecía de existencia. Mi padre, gracias a la posibilidad existente de viajar al pasado y alterarlo, había matado a mi madre antes que yo naciera. Y sin embargo yo estaba vivo.

No fui yo el único ejemplar de esa atroz raza de fantasmas. Hubo otros y los hay todavía. Pero todos ellos, en algún momento u otro de sus vidas, sufrieron algún terrible desajuste vital. Muchos enloquecieron, otros se convirtieron en idiotas vegetativos, otros se suicidaron.

Yo, sin embargo, sobrevivía, con mi psiquis en buen estado y sin traumas o complejos.

¿Por qué? También Eula tiene el mérito de haber descubierto la causa.

Fue la Tierra, con sus pestilentes emanaciones radiactivas, la que me protegió. Yo estaba en la Tierra, estudiando agrimensura, cuando mi padre mató a mi madre (originaria de Venus), viajando hacia atrás en el tiempo.

La capa radiactiva que cubre la atmósfera terrestre impidió que los manes destructivos (el llamado cáncer mental) me alcanzaran. Cuando salí de la Tierra, al recibirme de Agrimensor, ya estaba inmunizado.

Astutamente, los hombres de Melpómene despertaron mi interés por su secreto planeta, llevándome a actuar a la desesperada y a salir por mi cuenta al espacio.

El resto resultó sencillo.

Ahora sé que la bellísima Eula, al seducirme, obraba de acuerdo con el plan preestablecido, pero sé también que me ama.

No al Capitán Unicornio, que es quien soy ahora, sino al hombre que fui, a Idgris Sorell, el Agrimensor.

La guerra de liberación es ya un hecho. La victoria será nuestra, aunque antes deberemos afrontar numerosas dificultades y calamidades. Pero cuando se obtenga la paz, cuando la Gran Radiante Victoria viva en libertad y armonía yo, el Capitán Unicornio exigiré que me despojen de mis poderosos atributos mentales y me conviertan de nuevo en el simple mortal Idgris Sorell.

Es de aquel de quien Eula Varner está enamorada y no de este magnífico líder de hombres en que me he convertido.

Cuando ya no hagan falta mis dones, volveré a ser el que fui y viviré una vida apacible y serena, con ella, con Eula.

EPILOGO

Luego de una guerra de siete años, las fuerzas del Capitán Unicornio derrotaron a los ejércitos de la coalición integrada por los gobiernos del Gran Mong, de Urelia, de Gong y de Coanis.

El Capitán Unicornio, luego de firmada la paz y de restablecidas en todo el ámbito de la Gran Radiante Victoria las libertades y la justicia, se retiró.

Nadie ha sabido nunca dónde. Unos dicen que murió, otros que se encuentra hibernado, como perpetua amenaza para todo aquel que sienta la tentación de tiranizar a los suyos.

* * *

Un profesor de mineralogía de la pequeña Universidad de Tallahase, en Urelia, se casó con la bellísima princesa Eula Varner, del Melpómene, que durante mucho tiempo se dijo que era el secreto amor del Capitán Unicornio.

Las malas lenguas dicen que la princesa aceptó casarse con aquel oscuro profesor llamado Idgris Sorell, sólo porque era asombrosamente parecido al desaparecido capitán.

F I N



2 COLECCIONES APASIONANTES CADA SEMANA



TEMAS DE EVASION



TEMAS DE EVASION

SEXY STAR

Dos modernas selecciones de relatos eróticos sentimentales, escritos por los más expertos autores del género

EDICIONES CERES, S. A.
Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España 40 ptas.   IMPRESO EN ESPAÑA, PRINTED IN SPAIN